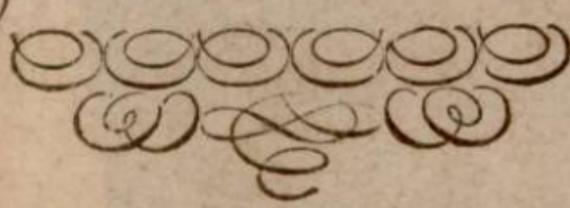


EL MARQUÉS

DE

SURVILLE.



**Concluida la obra, costará á
4 rls. tomo.**

BIBLIOTECA SEVILLANA.

EL MARQUÉS

DE

SURVILLE

POR

EUGENIO SUÉ.

TOMO 2.

SEVILLA.—Año 1847.

IMPRESA DE GOMEZ, EDITOR,
calle de las Sierpes n. 13.

UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

191

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT



CAPITULO I.

El divorcio.

La princesa de Montlaur, que se hallaba muy inquieta con la repentina desaparicion de su sobrina, no pudo reprimir un movimiento de gozo luego que la vió entrar de nuevo en el gabinete.

Mr. de Bracciano acababa de llegar de las Tullerias. Venia vestido de gran gala. La magnificencia de su trage contrastaba vivamente con lo diminuto de sus formas y con la espresion ladina, socarrosa, y casi grosera de su fisonomía.

Aun cuando ningun antecedente tuviese

la princesa de la grave conversacion que su sobrina iba á suscitar, la sorprendió sobremanera su aspecto solemne y decidido.

Tenia Juana las mejillas mas encendidas que de costumbre; brillábanle los ojos extraordinariamente; por fin hallábase en el parasismo febril de sus grandes resoluciones.

Acercóse Mr. de Bracciano á su mujer con ceremoniosa politica: quiso tomarle la mano para besársela; pero Juana retirándola con un movimiento lleno de dignidad, le dijo con una voz cuya emocion no pudo reprimir.

=Señor, tengo que hablar con vos sobre cosas de grande importancia. Me permitireis que dé las órdenes competentes á fin de que nadie nos interrumpa?

Inclinó la cabeza Mr. de Bracciano en señal de asentimiento.

—Hija, me retiro, dijo la princesa de Montlaur.

Vaciló Juana un momento antes de per-

mitir que su tía la dejara. Sin embargo, al cabo se decidió á ello, temerosa de que el asombro y el dolor que tal vez pudiera manifestar madama de Montlaur, no la hiciesen titubear en su resolucion.

—Tía, dentro de un breve rato pasaré á vuestra habitacion, dijo á la princesa de Montlaur, que la miraba con cierto grado de inquietud.

Acompañóla Juana hasta la puerta de la antesala última.

—Qué es lo que tienes, hija mia? le dijo al oido la anciana: pareces hallarte agitada! en verdad que casi, casi me asustas!

—Tranquilizáos, querida tía, no es nada... Lo que únicamente os ruego es que me aguardéis en vuestro cuarto.

—Bueno... pero ven lo mas pronto posible; pues no sé que secreta causa me desazona involuntariamente, dijo la princesa al retirarse.

Volvió madama de Bracciano en busca de su marido.

Luego que Juana se vió á solas con él, atravesó su espíritu, con la rapidéz del relámpago, el pensamiento siguiente:

Y si Mr. de Bracciano no consintiese en el divorcio?... Pero tambien al lado de esta idea estaba la imágen de Herman próximo á morir, y ella acababa de darle una esperanza radiosa!...

No habia que vacilar; precisábale á toda costa obtener lo que deseaba.

La desventurada mujer sintió por un momento helársele el corazon al aspecto de su marido. Inmóvil é impasible, observábala este atentamente, mirando por encima de sus gafas de oro, las cuales se habia bajado hasta la punta de la nariz, recta y aguda como hocico de comadreja.

—Estoy á vuestras órdenes, señora: solamente que os pediré permiso para sentarme, pues he estado en pie largo tiempo en las Tullerías, y me encuentro fátigado en extremo..... Ah! se me olvidaba deciros que el Emperador me

ha dado sus quejas.... por supuesto de la manera mas bondadosa del mundo... de que hace un siglo que no os vé en palacio... Tomé á mi cargo, y esperó lo aprobareis.... tomé á mi cargo el prometerle que en adelante serian mas frecuentes vuestras visitas á la corte. Os ruego encarecidamente cumplais lo que en nombre vuestro he ofrecido.... Aun no se ha provisto el principal destino en la servidumbre de la Emperatriz; y tengo grandes motivos para creer que os seria facilísimo conseguirlo, solo con manifestaros mas asidua en los besamanos.

Quedóse aterrada madama de Bracciano. El exordio de aquella conversacion era tan ageno del asunto que deseaba tratar, que, mientras reflexionaba acerca de los medios de coseguir su intento, respondió casi maquinalmente:— Si señor.....

—No podia yo esperar menos de vos, señora, repuso Mr. de Bracciano con

aire de completa satisfaccion; y acercándose á su mujer, le dijo confidencialmente.

— No podeis imaginaros el inmenso interes que tengo en el buen éxito de este proyecto: y supuesto que os hallo bien dispuesta á apoyarlo, puedo deciros todo.... Pues bien; segun las preguntas y afables reconvenciones que el Emperador me hizo respecto á vuestra falta de asistencia, no me queda duda de que se le haya ocurrido nombraros para el desempeño de la superintendencia de la casa imperial de su augusta esposa.... uno de los destinos de mayor categoría en palacio, y el cual, si no me engaño, ocupó vuestra prima la señora princesa de Guémenée, antes de la revolucion en la casa real de la Reina de Francia.

Veia Juana, sobrecogida de espanto, que la conversacion tomaba este giro confidencial conocia que tal vez pudiera serle preciso acometer de frente, y sin

ambage alguno la espinosa cuestion que suscitar deseaba; sin embargo, aguardó á que se le presentase algun pretesto, ya que no de completo, rompimiento, á lo menos de discusion, en el mismo tema que su marido traia entre manos.

Repuso, pues:—Ignoro, señor, el interés que pueda estimularos á anhelar que yo acepte ese destino al lado de la Emperatriz, toda vez que el Emperador me lo ofreciera; paréceme que ocupais ya una posicion capaz de satisfacer las ambiciones mas exageradas.

=Escuchadme, hija mia, dijo Mr. de Bracciano con un acento de ternura casi paternal, pero que llenó de espanto á Juana. Puedo, debo hablar con toda franqueza á la compañera de mi vida.—Hizo la jóven un movimiento de terror.—Mr. de Bracciano añadió sonriéndose: No quizá la compañera de mi vida actual, sino la que deberá serlo de mi íntima existencia dentro de algunos años.

En cuanto á lo presente, me hago jus-

ticia á mi mismo... Sois hermosa, discreta, jóven... Mis ocupaciones políticas, mis cargos, mis trabajos, me tornan á veces sombrío y adusto; por nada en el mundo quisiera yo venir á entristecer vuestros risueños dias; confiando ciegamente en la lealtad de vuestro carácter, os permito tanta libertad, como gozar pudiérais si os halláseis viuda... Teneis veinte años... esa es la edad de los galanteos, de los propósitos floridos, de las inocentes coqueterías que ocupan el espíritu sin comprometer el corazón. Bien sabeis que nunca he contrariado el mas leve de vuestros antojos.... Y por qué motivo habria yo de hacerlo, Dios mio? Podia yo prodigaros las atenciones delicadas y constantes que os hubiese vedado aceptar de otros? No, sin duda; os lo repito.. conozco que no ha llegado todavia... pero dentro de doce ó quince años, luego que esteis satisfecha del vacío... de la nada que tras sí dejan esos pasatiempos de hoy.. luego que busqueis la doméstica felicidad...

¡ah! entonces.... mi turno estará cercano. Creedme, Juana; cuando, sacudidas las ilusiones de la juventud, piseis los umbrales de la edad madura, os complacereis en apretar la mano que os ofrezca un sincero y viejo amigo, para ayudaros á hacer la travesía de una dilatada y pacífica vejez!

A pesar de la espresion de ironia y de seriedad que por lo comun caracterizaba las facciones de Mr. de Bracciano, el duque parecia conmoverse al pronunciar las palabras referidas.

Juana, cuya sorpresa y zozobra llegaban á su colmo, pues temia que se le escapase la ocasion que habia creido aprovechar, no pudo menos de responderle.

—Pero, señor... ese language...

—Os sorprende... no es verdad? Válgame Dios! estais tan rodeada de homenajes; yo mismo me encuentro siempre tan atareado, que apenas tengo tiempo de trocar con vos una sílaba... Además, que me creeria odioso, si os importuna-

se con frecuencia .. Tengo tanto interés en conquistar vuestro afecto!.... Hago tantos castillos en el aire.... y siempre con destino á los dias de nuestra vejez! porque para esa época os emplazo, y deseo para entonces seduciros á cualquier precio, dijo sonriéndose Mr. de Bracciano.

En seguida, juzgando que el estupor de su mujer era un asentimiento tácito, repuso:

—Lo que ademas me anima hoy, es que tengo que hablaros respecto á las funciones de vuestra superintendencia... Entre nosotros, considero gravisima la aceptacion de tal cargo, menos tal vez para lo presente que para lo futuro... Y os lo repito, hija de mi alma, es sobre todo al porvenir donde se dirigen mis miras, pues que ese porvenir debo partirlo con vos... lo que voy á deciros, pues, añadió Mr. de Bracciano, bajando la voz... lo que voy á deciros, pues, añadió Mr. de Bracciano bajando la voz, es un secreto de los mas hondos. En la actualidad do-

mias al mundo nuestro Emperador. Su poderio está en el apogeo. Va á casarse con la hija de un gran monarca.... pero las fortunas mas brillantes tienen sus reveses... Podemos asegurar que su estrella jamás perderá su esplendor? Quién sabe si el omnipotente vencedor de hoy será vencido algun dia, por traicion que le haga la suerte de las armas, de la cual exija tal vez demasiado?... En ese caso (porque es preciso preverlo todo) la influencia que vuestro talento y vuestros hechizos os habrán adquirido hasta entonces en el ánimo de la Emperatriz, á cuyo lado estareis destinada, será para nosotros un potente recurso... Si por desgracia sobreviniera una reaccion de los soberanos legítimos en contra de los soberanos populares, podria acontecer como observaba ahora poco vuestra señoría, que el Emperador de Austria se viese obligado á hacer causa comun con ellos... Esta seria la guerra universal de la Europa contra la Francia... Entonces

quizá se llamaria á la Emperatriz, no diré para que fuese precisamente la árbitra de aquellos grandes litigios... pero de cierto para tomar en ellos una parte importante y gloriosa... colocada entre un esposo y un padre; su posicion, manejada hábilmente, pudiera darle una influencia duplicada y poderosa... sobre todo, si obraba á impulsos de los consejos sábios, perspicaces y acertados, de una amiga á la cual amase justamente, y prestára oído. En este caso, sea cual fuere el resultado de la lucha que se trabára entre el Emperador y Europa, la amiga; la confidente, por no decir la directora secreta de la hija de los Césares, se aseguraria en la posicion mas brillante, ora conservase su trono el Emperador, ora volviendo los Borbones á sentarse en su solio antiguo; porque entre los consejos que la amiga de quien hablo diese á la Emperatriz, podria abogar en favor de los intereses de los soberanos legitimos, con mayor ó menor ahinco, segun se presen-

tasen las circunstancias... Está de mas indicaros que esta amiga pertenecería, por su cuna, á las casas mas antiguas de Francia... Pues bien! Juana, añadió el duque con voz insinuante, y capaz apenas de contener los transportes de ambicion que bullian en su pecho al dar existencia á idea semejante. .. ¡Pues bien! Juana querida, bien debereis haber adivinado que ese admirable papel de amiga directora es el que anhelo veros desempeñar al lado de la Emperatriz.

—Yo, señor! exclamó Juana.

—Vos, amada hija, no os asombreis: me consta que llenareis vuestro cargo á las mil maravillas, merced á las gracias seductoras que os son naturales, y á los hábiles consejos que podré daros, como hombre avezado en la politica europea, y harto retraido ya de las exageraciones del deber para no amoldarme á las circunstancias, á fin de tornarlas con maestría en mi propio provecho.

Era tan profundo el estúpido de Juana, que no acertaba á responder una sílaba. Su marido, creyendo que le escuchaba con atencion, prosiguió así:

— Por el contrario, si no llegasen á ocurrir los desastrosos acontecimientos de que os hablo, y viéramos consolidarse el imperio, vuestra influencia, aunque mas restringida, no dejaria de ser por eso menos grande, menos útil, jamás será dominado el Emperador por un ministro; mas puede llegar á serlo por su mujer sin que él mismo acierte á sospecharlo.... No podeis formaros una idea de lo bueno que era para la Emperatriz Josefina; y luego, ved haí, con los años se estingue la ambicion, y se anhela mas y mas proporcionar ventajas á la familia; si la Emperatriz llegase á tener un hijo del Emperador, y estuviese bien dirigida por una amiga verdaderamente afecta, conseguiria al fin tomar un inmenso ascendiente sobre Napoleon. Ahora bien, á fuerza de seducciones...

no os faltan estas.... y á fuerza de sutileza..... bien sabe todo el mundo que tengo la suficiente.... debéis conocer que podríamos, entre vos y yo, dirigir ese ascendiente á nuestro antojo.... y utilizarlo tambien si se quiere, en provecho de nuestra fortuna...

Temeroso de haber mostrado su ambicion demasiado á las claras, y recelando asombrar de golpe la delicadeza de su mujer, añadió Mr. de Bracciano: De ese modo, por ejemplo, estaria en vuestra mano el prestar grandes servicios al partido realista..... conseguir infinidad de gracias, no para vos, pues sois la persona mas desinteresada del mundo, sino para los vuestros... Bien debereis conocer, hija mia, que este es un asunto muy serio; nunca he hablado con nadie una palabra acerca de él; y solo á vos lo digo, porque cuento con vuestra cooperacion á fin de que me ayudeis en la solicitud del expresado destino, el cual, como creo habéroslo de-

mostrado, asegurará nuestro porvenir de un modo estable, sea cual fuere la causa triunfadora.

A medida que madama de Bracciano habia ido escuchando á lo que su marido la decia, sus ideas, confusas al principio, se fueron gradualmente esclareciendo; penetró por último á través del barniz que habia querido dar el duque á su discurso, que la sola mira del intrigante cortesano era coconvertir á su esposa en un ciego instrumento, que, en todas las vicisitudes que sobrevinieran, pudiese servir á su ambicion y adelantar sus tenebrosos designios.

Madama de Bracciano creyó encontrar en esta circunstancia un pretesto excelente para provocar una discusion, valiéndose de la propuesta formal que acababa de hacerle su marido. Respondióle despues de haber guardado un profundo silencio durante algunos minutos:

—Muy sensible me es, tener que contrariar vuestros proyectos; mas os supli-

co encarecidamente que no deis el paso mas leve en nombre mio, ni en el vuestro propio para que en mí recaiga el cargo de superintendente de la casa de la Emperatriz.

—Y por qué no, señora?

—Porque aun cuando el Emperador me brindase mañana mismo con ese destino, no lo admitiria.

—No lo admitiriais? esclamó el duque estupefacto; no lo admitiriais! y ha poco rato casi me disteis vuestro consentimiento! Me habeis estimulado á descubrir os todos mis planes, á confiaros mis pensamientos mas recónditos! añadió el marido con aire suspicaz.

—Nada os he prometido, señor. Si no os interrumpí, fué porque quise ver hasta donde llegaba vuestra completa ignorancia de mi carácter...

—Qué quereis decir con eso, señora?

—Creeis que he nacido para servir de instrumento á vuestra ambicion... para ser cómplice de vuestras intrigas subterráneas,

ó de vuestras ingratas esperanzas tal vez?

—Señora... padecéis una crasa equivocación... según veo; no me habeis comprendido, dijo con frialdad el duque, reprimiendo el pesar que sentía por haberse desmascarado casi completamente.

Las almas bajas y perversas cecean siempre las mismas traiciones de que ellas son capaces, y el duque hacia poco favor á Juana, ó desconocía completamente su carácter cuando tenía su indiscreción respecto á lo que le dijera sobre la caída posible del Emperador.

—No padezco equivocación alguna, señor mío; me habeis dicho positivamente que conseguido mi destino cerca de la Emperatriz, estaria á mis alcances, en virtud de mi sutileza, el adquirir bastante influjo con ella para dirigir á mi capricho y al vuestro el ascendiente que de necesidad ha de tomar sobre su esposo el Emperador, y que en el caso de sucumbir Napoleon algun dia á los embates de los reyes coaligados...

—Señora, exclamó el duque, volviéndose pálido de miedo; no digais una sílaba mas de este asunto, pues que seria un indigno abuso de confianza y de abandono.

—Caballero, os equivocais completamente; no he sido yo quien he solicitado vuestra confianza... me habeis revelado vuestros secretos, porque me creais capaz de contribuir por mi parte á unos proyectos que no me atrevo á calificar... Pero podeis estar tranquilo y contar con mi discrecion.

—Me adelanto aun mas todavia; señora; cuento lo suficiente con vuestra bondad, y... si es menester decirlo... con vuestra inteligencia de los deberes que teneis, para estar seguro de que aceptareis el cargo que voy á solicitar del emperador á nombre vuestro.

Madama de Bracciano miró á su marido con asombro, y le dijo:

—Señor, esta exigencia es, cuando menos, muy original... y os hago con de-

masiado talento para persistir en ella.

—Señora, contestó con frialdad el duque... me tomo la libertad de deciros que tendreis á bien aceptar el cargo.

—Pero... señor mio...

—Señora, tengo el honor de repetir os que lo aceptareis.

—Pero, señor mio....

—No hay pero que valga, señora; yo lo quiero...

— Vos lo quereis, señor!... Y con qué derecho? Cuál sera el poder que á la obediencia me obligue?

—Mi voluntad, señora.

—Ah! vuestra voluntad... la ambicion os vuelve insensato!

—No hasta el punto que creeis..... y para probaros que tengo la cabeza muy sana, escuchadme bien, señora, escuchad lo que voy á deciros. Hace tres años que estoy casado con vos..... gracias á mí se os han devuelto los enantiosos bienes que pertenecian á vuestra casa; gracias á mí..... los parientes vuestros, que

estaban desterrados, han regresado á sus hogares..... Esto vale bien poco .. ó nada, por mejor decir..... lo concedo. Pertenecéis á un noble y antiquísimo linaje, yo soy Gerónimo Morisson, hijo de mis propias obras. El Emperador, consecuente á su sistema de fusion, ha querido enlazar el imperio con el régimen antiguo, en virtud de algunos casamientos parecidos al nuestro; y á estos proyectos puramente políticos, debo yo la felicidad de llamarme esposo vuestro..... No puedo negarlo..... apenas me casé cuando conocí la antipatía que os inspiraba... no me fué posible disimulármela á mi mismo..... y cuál ha sido mi conducta? he manifestado el mas leve resentimiento? No; me he apartado discretamente de vos, dejándoos en plena libertad. Jamás he dado á conocer el indicio mas mínimo de cuanto me ha hecho sufrir esta aversión; jamás la he revelado; jamás la habeis sabido vos misma. No es la vanidad vuestro flaco; pero, señora, bien conocéis

vuestra valía, por eso creo no juzgareis que exajero al deciros que muy penoso muy cruel me ha parecido el vivir solo, aislado en mi centro, teniendo por esposa á una mujer tan jóven y tan bella. Sé que en otros tiempos, ent e los grandes señores, nada era mas comun que estas existencias completamente separadas, é indiferentes la una para la otra... pero yo vivo á la moda de nuestros dias... soy hijo del pueblo, señora, y pudiera tal vez al fin encontrar las maneras vuestras demasiado aristocráticas para mí...

— Qué quereis dar á entender con eso, señor?

= Ahora vais á saberlo, señora..... ya que ha llegado el caso indispensable de hacéroslo saber..... por fin estoy cansado de ser el único que haga sacrificios... cansado estoy de hacer el papel de cero en nuestro matrimonio..... cansado de vivir en el aislamiento. De dos cosas una, señora: ú os avenis á participar de mi existencia en la corte del Emperador,

ó hago dimision de mis empleos, y me reti o á vivir pacificamente con vos en alguna de vuestras haciendas rurales, á fin de no comprometer nuestro porvenir. En una palatra, ó aseguro mi posicion en virtud de vuestro consentimiento en hacer lo que os propongo, ó abandono una carrera, la cual, co obstante las mas lisongeras apariencias, no me parece ofrecer suficientes garantias para abonar lo futuro..... Estas son mis últimas palabras.

Notó madama de Bracciano con secreto júbilo que su conversacion con el duque iba tomando el giro del debate.

Creyendo que habia llegado el momento propicio para hablar de un proyecto que, por decirlo asi, estaba palpitante en su interior, dijo á su marido:

—Os agradezco, señor, que fijéis los hechos tan á las claras; no me habeis de ganar en franqueza. Me niego absolutamente á pertenecer á la servidumbre de la Emperatriz en cualquier concepto que sea.

—Os negais á ello, señora!... cuidado con lo que decis.

—No se me ocultan, señor mio, los resultados de mi negativa.

—Pues entonces, señora... dijo el duque con amarga sonrisa... bágase vuestra voluntad... no tengo derecho á quejarme... encuentro compensaciones muy grandes en el porvenir que aun me queda. Esto de pasar al lado vuestro todos los instantes de mi vida... olvidar las vanidades de la ambicion, trocandolas por la doméstica felicidad; en fin, disfrutar ahora de vuestra intimidad, del apacible porvenir que solo creí estaba reservado para mis dias decrepitos.. equivale, bien mirado, á consagrarme a una dicha verdadera, renunciando las felicidades falaces.

Latia con fuerza el corazon de Juana; temblábale en los labios la fatal palabra (divorcio); pero el coloquio habia ya llegado á un punto que no le era posible vacilar mas; contestó, pues, con voz conmovida:

—La intimidad... la vida interior de que habláis... es en adelante un imposible para nosotros...

—Un imposible, señora!....

—Si, señor, si: para vivir de esa manera en el aislamiento y el retiro, preciso es hallarse encadenados mutuamente con los robustos vínculos de igualdad de edades, de caracteres de espíritus, de costumbres... de...

—Ah! ya caigo, señora: habláis con formalidad? pues entonces, decidme soy yo vuestro marido?... Si ó nó?

—No os he ocultado, señor, las causas que me hicieron consentir en nuestro enlace: una de ellas fué mi profunda gratitud hácia una parienta que me habia educado, y cuya existencia quedaba asegurada por ese medio.

—Eso, en verdad, me lisonjea infinito; pero quisiera saber el resultado de esa imposibilidad que me alegáis.

—El resultado es, señor mio, que jamás consentiré en vivir con vos en una

de mis casas de campo.

—Yo sueño! dijo el duque pasándose la mano por la frente cual si no creyera lo que oyendo estaba. Vaya, señora, quereis chacearos seguramente, Creeis, segun eso que soy tonto ó que estoy ciego! Decis que jamas consentireis en hacer vida conmigo en una de nuestras posesiones rurales? Y eso qué es lo qué significa? Por ventura no tengo yo mis derechos? Ignoo o acaso lo que debe hacerse con las mujeres caprichosas y locas? Creeis tal vez que porque os plazca decir que no, me han de faltar valor y voluntad de contestaros que sí?

Al espresarse de esta suerte el duque, cuya cólera á duras penas se habia contenido hasta entonces, iba acalorándose mas y mas cada vez.

—Pero..... soy un necio en daros respuesta alguna..... Hasta ahora he sido demasiado débil; he suplicado en vez de mandar: he padecido un millón de sinsabores, que me era tan facil haber cor-

tado, empezando por lo que he debido á vuestra tia, la cual, ya que las cosas han llegado á este punto, mañana mismo saldrá de esta casa.

Ah! señora, no sabeis todavía quiéa soy yó; ya sabré amansaros..... ya!

Estas discusiones son indignas de vos y de mí... Lo único que prueban, señor mio, es que en lo venidero será imposible que vivamos juntos. Hay un medio de conciliarlo todo: el Emperador mismo acaba de darnos un ejemplo... el del divorcio!

Pronunció Juana esta palabra con mucha tranquilidad y grande aplomo á pesar de la terrible emocioa que interiormente la agitaba.

Soltó Mr. de Bracciano una recia carcajada.

=Ja! ja! ja!... el divorcio!... á la verdad que el recursillo es muy cómodo y bien ideado!

Dos lágrimas abrasadoras brillaron por un instante en los ojos de Juana, que re-

paso con alterada voz:

—No es hoy, señor, la primera vez que he pensado en una separacion. Jamás consentiré en lo que exigís de mí; os digo que el divorcio es indispensable.

Indispensable! vaya! estais delirando, señora? Y podeis imaginaros que he de avenirme jamás á semejante locur? Ignorais, supongo, las condiciones en cuya virtud únicamente es posible conseguir una separacion de esa clase. Deberíais conocer la multitud de trabas que á ella se oponen, trabas que el Emperador mismo.... pero, soy un mentecato en meterme á dar respuestas serias á propósitos descabellados, á antojos de niña mimada..... Perdonadme, ya es la hora de ir al consejo de Estado..... Reflexionad sobre lo que os he dicho..... creedme.. haced lo que os pido por vuestro interés y por el mio.. de lo contrario.. ignorais quizá.... nada tiene de extraño que no sepais.... cuan amplias son las facultades de un marido.... que

está resuelto á ser el amo... sí, el amo absoluto dentro de su casa.. En mi favor tendré la ley, el derecho, la opinion pública, el apoyo del Emperador, porque nadie puede vituperar en lo mas mínimo mi conducta para con vos... Quedad con Dios, señora, no os comprometais en una lucha de la cual no sacarais ninguna ventaja.... os lo prevengo.

Aprestóse á salir el duque; Juana trastornada por la desesperacion y el temor se arrojó á sus pies, y juntando las manos exclamó:

—Señor! por compasion.... por bondad.... no me rehuséis!...

—Rehusaros yo, señora!.... el qué? dijo estupefacto el duque procurando levantar del suelo á su mujer.

—Consentid en que nos separemos, señor..... cuando ahora poco os pedí una entrevista momentánea, fué con el objeto de solicitar esa misma gracia de vos. Pues bien! sí..... os lo confieso..... me

es imposible seguir viviendo en compañía vuestra.... No os culpo, no; yo sola soy la culpable! Cuando contrajimos este enlace, eran mis años tan cortos, que no me fué dado prever el porvenir..... No sabeis cuánto padezco!..... Por merced, señor, por lástima, no me hagais infeliz para siempre, no me precipiteis en la desesperacion..... En la actualidad existe entre nosotros un abismo... Sed bueno.. sed generoso, acceded á nuestra separacion!.

—Pero, señora, estais loca..... es un imposible..... además ¿cuál es la razon?

—Compadeceos de mi, señor..... os digo que no podemos seguir viviendo juntos..... os digo que hay razones poderosas para hacer nuestro divorcio indispensable... os digo, en fin, que antes moriré estais? que permanecer por mas tiempo en esta casa.

Al oir tales palabras, pronunciadas con el acento de la veracidad; al ver la pa-

lidez, las lágrimas y el trastorno de la fisonomía de Juana, quedóse atónito Mr. de Bracciano, cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo con voz bronca, mientras que su mujer, con la cara oculta entre las manos, se deshacía en sollozos.

—Todo lo comprendo... ahora... Con que es verdad?... no me habia engañado yo... harto necio fui en fiarme del honor de esta mujer... como si las que á su casta pertenecen no estuvieran corrompidas desde el punto y hora en que nacen.

Al oír unas palabras tan ultrajantes, se levantó con viveza madama de Bracciano; la indignacion encendia sus mejillas, y la altivez hacia centellear sus ojos.

—No digais una sílaba mas, señor, exclamó con un ademán [de dignidad sublime, no digais una sílaba mas! no profaneis con vuestras abominables sospechas el sentimiento mas puro que ecsiste en el universo... Pues bien, si... amo... amo con pasión... amo con delirio... al

mas noble de los hombres.

—Y lo confiesa!.. Se ha visto impudencia mayor? exclamò el duque con r bia.

—S ; lo confieso... porque mil muertes hubiera sufrido antes que deshorrar el nombre que me habeis dado y que acept  con plena libertad! Si; confieso ese amor porque honra tanto   la que lo siente como al que lo inspira... Si; confieso este amor,   fin de que ahora comprendais que debemos separarnos para siempre.

—Separarnos para siempre! exclam  el duque;  h! y creeis tal cosa, señora? Ah teneis entendido que no hay mas que enamorarse del primer mequetrefe que se aparezca, para ir corriendo en seguida   decir al hombre honrado,   quien pertenecis ante Dios y la ley:  Vamos   separarnos, señor mio, amo con pasion, amo con delirio? Bah! presentais un cr men como disculpa de una sacrílega separacion!.... Efectivamente, señora; preciso es que ameis con demencia para atreveros

á usar delante de mí lenguaje tal... para haberme creído tan miserable ó tan tonto que pudiese consentir en un divorcio despues de confesion semejante....

—Pero... qué podeis pretender, señor, de una muger que acaba de deciros que ya no es vuestro su corazon, y que nunca lo ha sido? Despues de tan terrible esplicacion, podemos permanecer bajo un mismo techo?... Bien señor, dado caso que no consintais... quién impedirá que... mañana... sí, hoy mismo.... mi tia y yo abandonemos esta casa para no volver á entrar jamás por sus puertas?

El duque habia gradualmente recobrado el imperio que siempre ejerciera sobre sí mismo. Tranquilizóse, al paso que sus facciones volvieron á ofrecer la expresion de una sardónica sangre fria, mas espantosa aun que la misma cólera.

—Lo que decís, señora, encierra algo de verdad... Vuestra tia no volverá á poner los pies en casa desde esta misma noche; pero lo que es vos dejarla, eso

jamás... Hemos llegado al capítulo de las confesiones... tanto mejor... señora... con eso me tranquilizais completamente... Me habeis confesado vuestros criminales amores á fin de probarme lo indispensable que os es separaros de mí; ahora me corresponde confesaros todas las vergonzosas causas que me impiden separarme de vos.

—Me llenais de sobresalto, señor!

—Eso no es mas que un presentimiento, señora. Escuchadme, pues... Soy hijo de un artesano... carecia de nombre y de caudal cuando estalló la revolucion. Metíme en ella con los ojos cerrados... y no tardé en hacer mi agosto; llególe su época al Emperador, y él completó mi fortuna. Pero esta era precaria; cifrábase toda en él, y con él podria yo perderla toda. Vos, señora, teneis el corazon abierto á la ternura; el mio solo acoge la codicia y el anhelo del boato. Ved aqui por qué mi posicion no me satisfacía. Sobrábanme los destinos brillantes, pero me fal-

taba un buen patrimonio; yo era duque de Bracciano, pero Gerónimo Morisson no tenia enlaces pomposos... su nobleza con fecha de ayer no estaba arraigada...

Determinó el Emperador unirme con vos, señora. Este casamiento satisfacía mi ambición. El Emperador ha devuelto á vos y á vuestra tia bienes secuestrados cuyo valor asciende á mas de cuatro millones... este casamiento colmó tambien mis deseos y vanidad porque me enlazaba con una de las casas mas antiguas de Francia, y en caso de que el imperio sea duradero, ó que los Borbones vuelvan á ocupar el trono... (poco me importa que me ayudeis ó no en mis proyectos referentes al porvenir)... quiero estar bien con nuestros parientes, á fin de hallar en ellos unos decididos auxiliares... por si pudieran serme útiles algun dia. Ved aqui, señora por qué razon mientras conserve un átomo de vida... mientras cuente con la sombra de una voluntad, jamás consentiré en semejante divorcio.

—Muy bien, señor! exclamó Juana; todo lo comprendo ahora!... Quedaos con mis bienes, os lo abandono todos... dedadme únicamente la pensión mas módica que gustéis señalarme... No solicito mas. Bajo esta condición espero que accederéis á que nos separemos.

—Si estuviérais en vuestro cabal juicio, señora, tal vez me ofenderia esa propuesta, que es un nuevo ultraje. Aunque yo fuera tan vil que aceptára lo que me ofrecéis, el divorcio me privaria de unas relaciones que trato de conservar por los motivos que ya os he detallado.

—Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó Juana tapándose con las manos el rostro.

—Vos, señora, me habeis dado el ejemplo de la franqueza con que debemos hablarnos. Tanto peor si lo que digo os ofende... En cuanto á vuestro corazón, poco ha entrado él en mi cuenta. No me formo ilusiones; pero creia que vuestros principios eran bastante leales para no hacerme representar el

papel de marido burlado... Sin embargo, procuré complaceros... pero mis esfuerzos no tuvieron un éxito muy feliz. Consoléme con calcular las ventajas positivas que de nuestro enlace me resultaban... Aun cuando el aire desdeñoso y los sarcasmos de vuestra tia me fuesen insoportables, consentí en tratarme con ella; aun cuando vuestra intimidación con el coronel de Surville, vuestro primo, me disgustase, os repito, que os creía con unos principios demasiado sólidos para que esas relaciones [me infundieran] serios temores... si bien no las sobrellevaba con harta paciencia... Pero me engañé de medio á medio... Mr. de Surville ha abusado indignamente de la facilidad con que yo permitia viniese á visitaros.

—Mr. de Surville! exclamó Juana aterrorizada... Mr. de Surville!

—Válgame Dios, señora; os creo á puño cerrado; esos amores han sido puramente platónicos, tanto mejor... Mis

sospechas eran falsas, mucho mejor todavía... Preferiríais la muerte á hacer traicion á vuestros deberes, muchísimo mejor; os creo como al Evangelio. Pues yo os aseguro que vivireis, y que no les hareis traicion, pues de aquí en adelante tomaré á mi cargo el vigilaros... Cuando regrese Mr. de Surville se guardará muy bien de pisar los umbrales de mi casa, y en el dia de mañana saldrá de ella vuestra tia para no volver á entrar. . Ahora supongo quedareis convencida de que el nombre de divorcio no ha de salir jamas de vuestros lábios; paréceme que conoceis muy poco nuestras leyes; por esa razon y una vez para todas, os hago saber que no ha lugar al divorcio como no sea por consentimiento mútuo, ó bien por sevicia grave, ó incompatibilidad de genios. Respeto á la primera condicion, no tiene lugar en el presente caso, porque jamás otorgaré mi consentimiento, y en cuanto á la segunda siempre os he tributado las consideraciones y el respe-

to que vuestra posicion requeria. La incompatibilidad de genios se da á conocer por actos de violencia, y yo reto á cualquiera que cite una sola ocurrencia en que me haya visto cometer un exceso de semejante naturaleza.

En fin, para dar el último golpe, un golpe fatal á vuestras esperanzas, señora, os diré que por la misma razon de que el Emperador acaba de divorciarse, y que esta medida ha sido inmensamente grave, es S. M. un politico harto consumado para no mostrarse inexorable respecto al abuso que quisiera introducirse, tomando su ejemplo por autorizacion. Me consta que ha dado una negativa formal á dos solicitudes de divorcio, la una de las cuales era peticion de consentimiento mútuo, y la otra parecia cohonestada por la escandalosa conducta de la mujer, y las bien fundadas quejas del marido. Si dudais, como pudierais, de la veracidad de lo que digo, os traeré á mi vuelta del consejo de Estado los decretos sobre

las peticiones susodichas, escritos del propio puño del Emperador... Dispensad que os deje, señora... perdone mil... estoy haciendo falta en las Tullerías.

—Os acompañaré allá, señor, dijo sin detenerse madama de Bracciano, enjugándose las lágrimas y levantando la cabeza con dignidad. Me arrojaré á los pies del Emperador y le diré todo.

—No te toca á tí, hija mia... á mi es á quien corresponde ir sin pérdida de tiempo á hablar al Emperador, dijo la princesa de Montlaur, abriendo la puerta del gabinete de madama de Bracciano.

—Tía! gritó Juana precipitándose en los brazos de la princesa.

—Estábais escuchando, eh?... dijo el duque con insolencia.

—A Dios y á una madre le es lícito escuchar todo... contestó madama de Montlaur con dignidad; en seguida dijo á su sobrina, al conducirla con blandura hasta la puerta de su alcoba. Entrate en tu cuarto, querida niña... Aguárdame en él.

Juana, quebrantada con tantas emociones, se dejó caer en un taburete completamente aniquilada. Cerró la puerta suya, y volviendo al gabinete, tiró del cordón de la campanilla y dijo á Mr. de Bracciano, con una sonrisa de soberano desprecio:

—Mr. Morissant... sois muy cobarde.... y además sois muy cruel.

Presentóse un ayuda de cámara.

—Mi coche, le dijo la princesa.

—Como, señora! exclamó el duque... vais.....

—A las Tullerías..... á contarle todo al Emperador.



CAPITULO II.

Reflecciones.

No es decible con cuanta y cuan cruel ansiedad aguardaba madama de Bracciano el regreso de su tia.

Vió entonces claramente la desgraciada jóven las inmensas dificultades que iba á tener que allanar para conseguir que su esposo accediese á una separacion.

El tiempo urgia, y la muerte de Herman pudiera ocurrir de un momento á otro.

Había manifestado su pecho Mr. de Bracciano con una franqueza tan cruel, que la única esperanza de la jóven se cifraba en la omnipotente voluntad del Emperador.

Hacia mas de una hora que su tia se ausentára; unas veces auguraba bien la duquesa de lo dilatado de su entrevista con Napoleon, y otras, por lo contrario, lo juzgaba un fatal pronóstico.

A cada instante se levantaba de su sillón para asomarse á la ventana; y al ver parar algun coche delante de la puerta principal de su palacio, se estremecía involuntariamente.

De repente se oyó el trote precipitado de un caballo que entraba en el pátio del edificio.

Acudió Juana al balcon y vió que estaba hablando con el portero un lacayo vestido con la librea de la casa imperial.

Salió de su cuarto el portero con toda premura, y se dirigió hácia el vestibulo.

En su febril impaciencia, tiró de la campanilla madama de Bracciano para que acudiera una de sus doncellas de honor.

—Señorita, tened la bondad de ir á ver lo que se le ofrece á ese hombre que viste la librea del Emperador. Al cabo de cinco minutos volvió á presentarse la doncella.

—Señora duquesa, el hombre por quien preguntais, viene sin duda á traer una orden para que el señor duque acuda á palacio al momento, pues que S. E. ha mandado que enganchen los caballos con la mayor premura.

Efectivamente, poco tiempo despues salió de la casa el coche de Mr. de Bracciano.

Este nuevo incidente vino á acrecentar la perplejidad de Juana, al paso que á darle un vistumbre de esperanza.

El Emperador deseaba avistarse con el duque; no cabia duda que vacilaba en su decision; pero cual podria ser el resultado de esa entrevista?

Al reflexionar Juana sobre su situacion, confesóse á si misma que no tenia ninguna reconvencion fundada que dirigir contra Mr. de Bracciano.

Este era, si se quiere, avaro, ambicioso; para conseguir sus proyectos, contaba con el caudal é ilustre cuna de su mujer; pero la revelacion de sus interesadas miras solo se habia debido á la solitud de divorcio que su mujer le hiciera, encolerizándole con su inesperada propuesta; y aun dado caso que ella confiase al Emperador esas mismas miras, no bastarian sin duda ni aun estas para autorizar una separacion.

Entonces, como siempre acontece, preguntóse Juana á si misma, aunque demasiado tarde, cual seria el motivo de no habérsela ocurrido la posibilidad de una negativa por parte de Mr. de Bracciano. Habia sido para ella tan poco interesante su enlace; hasta se creia tan levemente ligada con su marido por los vinculos de la gratitud (pues que al ca-

bo los bienes que se la habían devuelto eran antigua propiedad de su familia, y por consiguiente de ella), que había juzgado los sentimientos de su marido por los suyos propios.

A pesar de la firmeza de su carácter, casi no osaba Juana suscitar esta terrible pregunta: y si el Emperador se negara á sancionar el divorcio?

Tal pensamiento la sumergía en terrores sin cuento... por todos lados á donde dirigía la vista, solo hallaba abismos insondables..... Herman moribundo... y la perspectiva de pasar una vida entera en compañía de un hombre á quien abominaba!...

En seguida, por un doloroso contraste, una série de gratas ilusiones atravesaban su espíritu: veíase en su imaginación esposa de Herman, disfrutando con él una existencia feliz en halagüeña oscuridad... Entonces maldecía la jóven en medio de sollozos desesperantes, la incompasiva maldad del duque de Brac-

ciano, que con una sola palabra podia realizar tan dulces ensueños.

A imitacion de los que se hallan abortos en la única idea que les domina, no acertaba á comprender la negativa de su esposo, al cual, sin embargo, habia ofrecido hacer cesion de su fortuna entera.

A estos violentos dolores del alma, sucedia un melancólico abatimiento; así es como, despues de haberse esforzado inútilmente en arrancar la reja de su calabozo, vuelve el cautivo á caer anonadado en el suelo...

A tal punto llegaban el candor y la nobleza de Juana, que jamás se le ocurrió hacer una transacion vergonzosa entre su amor y sus deberes.

Lo que mas horrible habia en su posicion, era el pensamiento espantoso de que Herman iba á precipitar su propia muerte... Herman estaba próesimo á morir!... Despues de haberse dejado alucinar un momento por una falaz espe-

ranza, esta idea fija é incesante predominaba en ella, así como el tañido de la campana fúnebre sobresale entre los demas sonidos!...

Examinaba Juana un reloj de sobremesa con devoradora ansiedad... Sus ojos estaban secos y abrasando; sus labios descoloridos; su rostro manifestaba la mas lívida palidez...

De golpe una idea se fijó en su mente: apartó muy despacio de su frente los lujosos rizos que la cubrian, y luego, clavando los ojos en el suelo, dió muestra de reflexionar profundamente.

Despues de algunos instantes se levantó, cruzó los brazos, mientras se pintó en su rostro una terrible resolucion!... centelleábale en los ojos un fuego sombrío... Oh! que cobarde he sido! exclamó con amargura.

Al mismo tiempo entró un coche en el patio principal.

Arrojóse á la ventana madama de Bracciano, y conoció la librea de su tia.

—Si el Emperador no lo concede!...
Decidida estoy!... dijo la jóven con sor-
da voz.

Poniendo en órden á toda prisa sus descompuestas vestiduras, procurando comprimir tan violentas emociones, esperó á que entrase en su aposento la princesa de Montlaur.

CAPITULO III.

La entrevista.

Y bien! tia! qué dice el Emperador?
=Animo hija mia valor! dijo la ma-
riscala abrazando con efusionn á su
nieta...

—Todo se acabó! ya no me queda
esperanza alguna! gritó madama de Brae-

ciano, tapándose el rostro con las manos.

—Juana mia, tranquilidad, resignacion, no te desesperes de esta suerte... Ah! no es mi intencion reconvenirte; pero, si me hubieras consultado antes de dar ese paso tan funesto, te habrias ahorrado mil pesadumbres. Bien te consta que considero el divorcio como un acto que la religion reprueba; por otra parte, te habia dicho tu marido las razones, desgraciadamente harto verídicas, por las cuales deberia el Emperador, en las circunstancias presentes, oponerse á determinaciones semejantes. Corta tenia que ser, pues, la esperanza que yo llevaba conmigo. Indigno hubiera sido en tí y en mi tambien, el abusar de las confianzas que Mr. de Bracciano hiciera, por muy abominables que fuesen, respecto á sus futuros planes, en caso de que su amo perdiese el trono... Creí que era mi deber limitarme á manifestar al Emperador, con energia, con íntimo convencimiento, las causas que hacian para tí

tan penoso ese enlace; la diferencia de edades, de gustos, de costumbres, que ecsistia entre vosotros, y contentarme con insistir sobre el noble afecto que te decidiera á contraer estas nupcias, cuando apenas te hallabas capaz de comprender toda la estension del compromiso que te aprestabas á contraer... Supliquéle consiguiera de Mr. de Bracciano diese permiso para que te retiráras á vivir conmigo en una de tus haciendas de campo, pues que por este medio se evitaria todo escándalo.

Al oír mis espresiones respondió el Emperador con aspecto severo:—«Aborrezco, señora, los matrimonios que se llevan mal; no creo que existan incompatibilidades de genios, pues las tengo por unas meras visiones que solo se ocurren á las mujeres aburridas y románticas. Si madama de Bracciano tiene que alegar alguna falta grave que haya cometido su esposo en contra de ella, que hable; yo le haré la justicia debida. Si no existiere es-

ta acusacion, dejaré á su consorte el derecho y el poder que la razon y las leyes le dan sobre su muger.»—Ay! hija, en vano le mencioné el carácter adusto, atrabiliario de tu marido. Contestó, clavando los ojos en mí:—«Señora mariscal, sois la muger mas noble que conozco. Creo no exista un carácter mas hidalgo ni de mayor equidad que el vuestro. Francamente, qué concepto formariais de mi, si para complacer un capricho de vuestra sobrina, abusase de mi poderio hasta el punto de arrancarla del lado de su esposo, mandándole que de ella se separase?

—Entre nosotras, Juana, qué podia yo responderle? Tenia razon, y tuve que enmudecer ante la verdad y la justicia.

—«Ademas, repuso el Emperador, que no es mi costumbre condenar á nadie sin oirle antes.» Hablando asi, tiró de la campanilla y dió orden para que fuesen al instante en busca de Mr. de Bracciano.
—«Le interrogaré en presencia de vos,

señora, y le comunicaré la pretension de vuestra sobrina. Cuanto puedo hacer en obsequio de ambas, es que, si consintiere el duque en que su esposa viva apartada de él, daré mi beneplácito; aunque, os lo repito, tengo esta clase de separaciones por unos ejemplos malísimos y de muy peligrosa tendencia.»—Bien puedes suponerte, que yo no podia oponerme á la voluntad del Emperador. Vino tu marido. Su amo le refirió toda la conversacion que habia pasado entre nosotros, y aunque el duque conociese de resultas que yo habia tenido la generosidad de callar las únicas circunstancias que hubieran podido tal vez irritando al Emperador, predisponerle á oirnos favorablemente, cometi6 Mr. de Bracciano la indignidad de decir, afectando una confianza hipócrita, y una resignacion fingida, que no se quejaba de tí por haber dado ese paso tan penoso para él, pues que creia tu conducta fuera del alcance de todo vituperio, mas que indudablemente, quien te ha-

bia impelido á tomar medida tal, era uno de tus parientes que ejercia sobre tí una peligrosísima influencia... en una palabra, Mr. de Surville.

Hasta entonces habia escuchado Juana á su tia con una especie de estupor; viendo perdidas todas sus esperanzas, afianzaba en su pensamiento con dolorosa tenacidad la fatal resolucion que acababa de concebir; pero al resonar en sus oidos el nombre del coronel, levantó bruscamente la cabeza y exclamó:—Raúl!.... y ha osado acusar á Raúl?

=Ay! sí, dijo madama de Montlaur, que sin considerar precisamente á Mr. de Surville como iustigador del divorcio, creia que su sobrina estaba sériamente enamorada del coronel.—No te puedes figurar, hija mia, á qué grado subió la cólera del Emperador.

=«Surville, exclamó, Surville! á quien he tratado como á un hijo predilecto.. á quien he colmado de favores..... á quien yo creia un hombre de honor por exe-

lencia!.... hacer un papel tan odioso!.. Abusar de su parentesco para introducir la discordia en un matrimonio, que mis esmeros habian formado!...Es una accion indigna!.... luego, faltarme hasta ese punto... cuando á estas mismas horas le estoy dispensando la señal mas grande de confianza que puede darse á hombre ninguno!..»

—Eso es infame! gritó Juana..... Raúl está inocente de lo que se le acusa!

—Ya lo creo, hija, y eso mismo fué lo que me di prisa á decir al Emperador.

—Señor! exclamé al instante, no ha mucho me habeis dicho que creiais en la verdad de mi palabra. Pues bien, juro á V. M. que Mr. de Surville está completamente ageno de la determinacion que se empeña en tomar madama de Bracciano.

Contestóme el Emperador con tono muy seco.

—«No dudo, señora, que abrigueis la convicción de lo que afirmáis; pero es muy factible que esa misma convicción sea fruto de una sorpresa.... Advertireis, señora, á vuestra sobrina de mi parte, que lejos de patrocinar sus locuras, por no decir sus criminales esperanzas, prestaré á su marido, sugeto á quien estimo y amo, todo el apoyo que quiera esperar de mí... y que por otra parte le garantizan las leyes... En cuanto á Mr. de Surville, queda de mi cuenta darle su merecido»... Y sin esperar mi contestacion; me hizo un saludo con la mano y se retiró á su gabinete seguido de tu esposo... Por la primera vez, en mi vida, casi sentí no haber cometido una accion mala.. y si el Emperador no hubiera desaparecido tan pronto, quién sabe si yo habria sido capaz de descubrirle la abominable publicidad de Mr. de Bracciano.

—Pobre Raul, dijo con tristeza Juana, Será, pues, cierto que he de ser

fatal para cuantos me tienen cariño?... En seguida añadió, cual si hablase consigo misma: «sus presentimientos no le engañaban.... Ese amor debía ser muy desventurado si: desventurado en extremo!...

—Qué estás diciendo niña? preguntóle madama de Montlaur.

—Nada, nada, tia, contestó Juana, sabiendo de su distraccion. Ya me habia hablado Mr. de Bracciano acerca de sus sospechas respecto á Raúl; bien le dije en respuesta que eran del todo infundadas... pero no quiso creerme... le acablaba de acusar vilmente ante el Emperador.... y pongo á Dios por testigo que el pensamiento de Raúl no me ha guiado un momento en mi resolucion.

Miraba la princesa de Montlaur á su sobrina con doloroso asombro; advertia que las palabras de Juana encerraban una mensura y una falta de confianza que la disgustaban mucho. Despues de algunos instantes de silencio, dijole la anciana-

na con voz conmovida:

—Hija mía, hay ciertos secretos que solo una madre tendría derecho de exigir le revelase su hija... Me guardaré de excitarte á que me descubras el tuyo, aun cuando tu determinacion de divorcio me de lugar á creer que únicamente anhela recobrar tu libertad para unirse á alguna persona á quien profesas amor mucho tiempo há.

—Y es muy cierto, tia, contestóle Juana con voz sosegada aunque débil; pero ya... me es preciso renunciar á esa esperanza... pues bien renuncio á ella desde ahora...

—Tus padecimientos son horrorosos, desgraciada niña, dijo madama de Montlaur, sin detenerse en hacer mérito de lo inexplicables [que las palabras de Juana debían parecerle; en seguida, con los ojos anegados en lágrimas, tomó las manos de su sobrina entre las suyas.

—Ya... no... no... querida tia..., ya nada padezco. La duda es lo único que nos

hace sufrir... Solo la agonía es dolorosa.

—Por qué dices eso con acentos tan extraordinarios, Juana? tú me asustas...

—No veis acertada, tia... me encuentro muy tranquila... Veo ahora con toda claridad el porvenir que me está reservado... Una sonrisa helada y sardónica arrugó sus labios, y después, añadió la duquesa: Vivir en adelante con Mr. de Bracciano.... estar á su lado siempre... en intimidad con él... hacer un mútuo trueque de nuestros pensamientos mas ocultos!..

—Pero, Juana, te repito que me llenas de asombro... exclamó la mariscalá levantándose á medias, y tomándole una mano á su sobrina, quien se la abandonó maquinalmente, prosiguiendo en el desvario de su imaginacion:

—Yo, servir de instrumento para sus ambiciones, para sus alevosías!... participar con él de los frutos de nuestras perfidias!.... ja!... ja!... ja!... ese es un porvenir digno de mí. . Es el porvenir exac-

to que me pintaron mis ensueños!...

Llegó á su colmo la inquietud de la princesa, luego que hirió sus oídos el acceso de destemplada risa en que su sobrina prorrumpiera; esforzóse por volverla en si, le prodigó las caricias mas tiernas, y repetidas veces la estrechó contra su corazón.

Al cabo de algunos minutos pareció Juana salir de un penoso sueño, miró de hito en hito á su tia, restregóse los ojos, y acordándose repentinamente sin duda de cuanto acababa de tener lugar, exclamó, arrojando un doloroso gemido:

—Tia, tia querida... ¿conque es cierto que ya no existe esperanza ninguna?

—Si, hija de mi alma, siempre existe la esperanza. Dios jamás nos abandona; tu conducta ha sido hasta ahora irreprehensible: ella te alcanzará gracia ante el Señor... El tiempo... el olvido... cicatrizará poco á poco las llagas que hoy tanto te atormentan. La satisfacción de cumplir noblemente con tus deberes, te ayu-

dará á sobrellevar tus pesadumbres... pasarás la vista en torno de tí... y puede ser te consueles con pensar en los que tal vez sean mas dignos de lástima que tú!

—Teneis razon, tia, indudablemente, dijo Juana con afectada docilidad... el dvido calma todos los dolores; no pensemos mas en eso... como dice el Emperador... son locuras de mujer de pocos años... tornaré á mi vida habitual.. quién podrá hacer frente á lo imposible? no hay mejor cosa que resignarse... no es así? pues bien me resignaré.

—Eso es lo justo, Juana, eso es lo justo... sin embargo, ay de mi! parece-me que tu laudable resolucion es demasiado repentina.

—Tia, y por que? dijo Juana enjugándose los ojos y haciendo un esfuerzo para sonreirse. Bien os consta que sé sacar fuerzas de flaqueza cuando quiero.. Ahora me digo á mi misma: lo que deseabas con todo el conato de tu alma no puede realizarse... ¿Y que remedio?...

Sufrir... y sufriré, depositaré toda mi confianza en Dios ¡y tal vez se compadecerá de mí!

Parecia hallarse tan convencida madama de Bracciano de lo que decia, que la princesa se sintió algun tanto tranquilizada.

—No hay duda, dijo, que esta tempestad llegará á calmarse. Por muy desalmado que sea un hombre, siempre se ruboriza de alguna que otra culpa que comete.. no abrumándote con su presencia, querré Mr. de Bracciano que olvides las odiosas revelaciones que te ha hecho..... Toda vez que no seas completamente feliz..... á lo menos llegarás á verte sosegada..., y en plena libertad para buscar en el fondo de tu corazon ciertos recuerdos dulces y consoladores...

=Verdad es tia; en este instante veo todo eso por el mismo prisma que vos; solamente os ruego me perdoneis la desazon que he podido causaros.. obligán-

doos á dar unos pasos que siempre han de haberos sido muy penosos.. Ahora casi prefiero el que tal haya acontecido.. Como os decia, mi suerte está decidida, sé muy bien lo que me queda.. lo que pierdo.. y.. lo que aguardo.

En esto llamaron á la puerta del aposento de madama de Bracciano.

La duquesa mandó que entrara quien quiera que fuese, y se presentó una doncella, la cual entregó una carta á madama de Montlaur.

Provenia el pliego de uno de los amigos mas íntimos de la princesa, el cual, en razon de su cargo, estaba perfectamente instruido de cuanto pasaba en el gabinete del Emperador.

Figurémonos cual seria el pesar, el espanto de la mariscala, al leer los siguientes renglones:

«Os escribo estas cuatro letras con toda premura, bondadosa y querida princesa, con el objeto de participaros una triste noticia, y facilitaros acaso el me-

dio de evitar una gran desgracia. El Emperador acaba de saber que el coronel Raúl de Surville ha abandonado á Viena, y regresado á Francia sin orden ni permiso. El coronel estaba encargado de una comision de la mas alta importancia, de la cual ha sabido el Emperador que no se ha cuidado en lo mas mínimo. Ignoro si la vuelta de Mr. de Surville tiene alguna relacion con la entrevista que tuvisteis esta mañana con el Emperador y Mr. de Bracciano; pero S. M., despues de haber llamado á este último, se encerró con él gran rato en su gabinete: inmediatamente se espidieron órdenes al comandante de la plaza de Paris y al ministro de policia; el Emperador parece hallarse furioso contra el coronel. Si teneis algunos indicios del paradero de Mr. de Surville, enviadle á decir que se mantenga oculto hasta que sus amigos puedan hacer algo en su favor. Quemad esta carta, apreciable princesa, pues supongo comprendéis to-

do el peligro que arrastraría consigo esta indiscreción, toda vez que llegara á descubrirse.»

Después de haber leído el papel dos veces, la mariscal lo entregó á las llamas. Su sobrina estaba tan absorta en sus reflexiones, que ni siquiera notó la acción de madama de Montlaur.

Temerosa la princesa de dar á Juana una nueva desazon, no le dijo una palabra acerca de este nuevo incidente; suplicóla que se tranquilizase, subió á sus aposentos, y, agitada de nuevas inquietudes, envió al instante un hombre de confianza á casa del coronel de Surville para averiguar si había regresado.



CAPITULO IV.

El terror.

Salió de las Tullerías el duque de Bracciano completamente repuesto de sus temores.

Habia recelado por un instante que su mujer ó la princesa de Montlaur hubiesen descubierto al Emperador las tenebrosas maquinaciones en que habia intentado emplear á Juana. Pero, al reflexionar sobre el noble carácter de esta, reconoció lo mal que habia hecho, suponiéndola capaz de bajeza semejante.

Por lo demás, seguro del apoyo del Emperador, no dudó que á fuerza de perse-

verancia, y amenazando á su muger con que se retiraria en compañía suya á una de sus haciendas de campo, conseguiria obligarla á aceptar el cargo de superintendente, lo que constituia, por decirlo asi, la piedra angular de todos sus proyectos y de todos los recursos de su ambicion.

En aquel mismo dia tuvo Mr. de Bracciano otro nuevo motivo de regocijo.

Acababa de saber por boca del Emperador que Raúl, desobedeciendo sus órdenes, habia abandonado á Viena, á pesar de la importante comision que debiera haberle detenido en aquella ciudad; combiniando, pues, tan súbita y vituperable partida con el paso dado por madama de Bracciano á fin de conseguir el divorcio, manifestaba el Emperador un gran resentimiento contra el coronel, y queria que le encerrasen en Vincennes tan luego como llegára á Paris. Todo se reunia para favorecer los designios de Mr. de Bracciano y calmar sus temores.

Su alma estaba demasiado empederni-

da con la ambicion y el egoismo para que sintiese el amor mas leve hácia su esposa. Mas como era vano y orgulloso hasta lo sumo, le hubiera lastimado insufriblemente la idea de hacer un papel ridiculo.

Preguntábase á sí mismo con ansiedad si habria notado el público los obsequios de Mr. de Surville á su muger.

A veces alimentaba la esperanza de que el parentesco de Raúl con su esposa bastaria para explicarlos satisfactoriamente; á veces, por lo contrario, pareciale que ese mismo parentesco pudiera servir de pretesto para las hablillas mas maliciosas.

Reconveníase amargamente por haber recibido hasta entonces á Raúl en su casa con tanta intimidad; pues el duque, si bien en nada sospechaba de la virtud de su muger, temia en extremo la maledicencia.

Nunca habia concebido Mr. de Bracciano el mas leve recelo contra Herman.

Y verdaderamente, cómo habia de imaginarse que una muger pudiera vacilar

entre un desgraciado mancebo, pobre, oscuro, y un hombre tan seductor y brillante como el coronel?

Hasta la princesa de Montlaur, bien que conociese á fondo la generosidad natural del carácter de su sobrina, no habia imaginado siquiera por un momento que Juana estuviese enamorada de Herman.

Por otra parte, la duquesa, mientras la escena del divorcio, al paso que afirmaba que ningun interés tenia con Mr. de Surville no habia juzgado prudente nombrar á Herman delante de su tia ni de su marido, tanto por respeto á si misma, cuanto por no esponer al que ella amaba al peligroso resentimiento de Mr. de Bracciano.

Tan luego como se hubo despedido la princesa de Montlaur, escribió Juana apresuradamente esta esquela á Herman Forster.

Todo se ha perdido.. no queda esperanza alguna.. pero no morireis solo.... Esta noche os devolverán la cruz de vues-

tra madre...

Tres horas despues que Herman hubo recibido el billete precitado, llamaba Pedro Herbin á la puerta del palacio de Bracciano.

Eran las diez de la noche.

No obstante haber pasado un dia de tanta agitacion, y tan lleno de acontecimientos; el duque, cuya fibra para el trabajo era de gran resistencia, estaba á aquella hora concluyendo unos informes destinados al Emperador.

Entró su ayuda de cámara, entrególe una carta, añadiendo que el portador de ella solicitaba una inmediata entrevista, pues tenia que comunicar á S. E. asuntos sumamente interesantes.

—Pedro Herbin! decia el duque mientras leia la firma de la carta. Pedro Herbin?.. Me parece que conozco ese nombre.... tengo de él un recuerdo aunque muy vago..... si no me engaño, desde la época de la revolucion..... en Dijon..... Pero no trai-

go á la memoria antecedentes peculia-
res.... Qué importa!

Y volviéndose al ayuda de cámara le
dijo; haz que entre ese hombre.

Un instante despues se presentó Pedro
Herbin.

La habitacion donde trabajaba Mr.
de Bracciano era una estensa biblio-
teca. Sobre la mesa habia un solo
quinqué.

Deseoso sin duda el duque de ayu-
dar su memoria, viendo con mayor co-
modidad al extraño personaje, quitó la
pantalla precipitadamente.

Por un instante contempló las toscas
y pronunciadas facciones de Pedro Her-
bin, á las cuales iluminaba de lleno la
viva claridad del quinqué.. En seguida
hizo un gesto que parecia indicar que
no le era conocido semejante hombre.

—Conque.... ciudadano... me has mi-
rado ya bastante á la cara?... ó por
mejor decir te has descarado ya bastan-
te? dijo Pedro Herbin con sardónica son-
risa.

Estupefacto al notar semejante audacia y al oír estas insolentes palabras, se levantó con presteza el duque, y dijo:

—Qué significa esto señor mío?

—Esto significa, contestó Pedro Herbin con imperturbable sangre fría, esto significa que á fin de que no falte algo de picante á nuestro coloquio, es preciso que me se identifique mi persona como decias cuando eras acusador público en Dijon.

—Sabeis que voy á mandar que os pongan en la calle ahora mismo? exclamó el duque dirigiéndose hácia el cordón de la campanilla.

No se le arrugó por eso la frente á Pedro Herbin, quien, enseñando al duque un lío de papeles, le dijo:

—Cuidado con lo que haces, ciudadano... antes de dar campanada alguna, echa la vista sobre las fechas de estos legajos. Mira... 1792=1793—Tribunal revolucionario—Dijon. Estos papelotes pueden convertirse para tí en caja de Pan-

dora... es decir, hacerte mucho mal ó mucho bien. Así nada de bulla... nada de imprudencia... cachaza y no enfadarse... Tu conciencia no está muy limpia respecto á aquellos dos sangrientos años. Lo mejor que puedes hacer, ciudadano, es oirme con resignacion.

Sea que efectivamente tuviese Mr. de Bracciano algo de que acusarse, sea que los papeles que tenia en la mano Pedro Herbin escitasen, ya que no sus temores, á lo menos su curiosidad, fué á cerciorarse el duque de que nadie podia escuchar la conversacion que iba á entablarse y, volviéndose á reunir con Pedro Herbin, á quien halló cómodamente sentado junto á la chimenea, le dijo:

—Ahora podeis hablar, señor mio; qué significa ese aire misterioso? os advierto que no me causa ningun temor.... pero en la posicion que ocupo, me he impuesto la ley de dar oido á cuantos soliciten hablarme. Con eso puede ganar algo el bien del pais... Hablad, pues; y

no atribuyais mi condescendencia á otros motivos que á los que acabo de indicaros.

—A otro perro con ese hueso... no me engañas tú á mí, ciudadano... Te avienes á oirme porque la conciencia te hace tipi... tipi; á no ser así, ya hubieras mandado á tus sirvientes que me pusieran en mitad del arroyo... Confiesa que digo la verdad, ciudadano.

—Señor mio, tened la bondad de serviros de otros términos, ó de lo contrario no os escucho, dijo el duque con voz airada.

— Como gustes, ciudadano, contestó Pedro Herbin, levantándose de su asiento y guardando de nuevo sus papeles en uno de los grandes bolsillos de su casacon de faldones cuadrados.

Encogióse de hombros Mr. de Bracciano, y dijo con impaciencia: vamos, hablad, pero sed breve.

—Difícil es eso, ciudadano, porque lo que tengo que decirte es mas largo que el rabo del demonio. Ola! por qué te

disuenan tanto el tuteo y el título de ciudadano? Te he visto allá en los tiempos de tu lozania, cuando eras acusador público del tribunal revolucionario de Dijon, tutear y ciudadanear á las cabezas mas elevadas del régimen antiguo; verdad es que eso era en el momento en que te disponias á cortarlas.

—Señor mio... no se trata ahora de recordarme lo que hice ó dejé de hacer en aquellas terribles circunstancias, sino del asunto que os trae á mi casa á una hora tan intempestiva.

—Tienes razon, ciudadano... Vamos á ver... me conoces?

—Vuestro nombre y vuestro rostro no me son desconocidos del todo; en cuanto me ayuda la memoria, tuve en Dijon algunas relaciones con vos durante la revolucion; pero nuestro trato fué de muy poco tiempo.

—Cabal!... cabal!... ya vas acertando, ciudadano, y á fin de que no te devanes mas los sesos, te recordaré que por es-

pacio de un mes fuí...

—Si portero de estrados en el tribunal revolucionario! exclamó el duque... Ya me acuerdo perfectamente.

—Vamos... vamos... ciudadano... tienes una memoria tan endemoniadamente perezosa, según parece! Pero... es eso lo único de que te acuerdas?

—Lo único... si hay algunas otras circunstancias, referentes á nuestro trato de entonces, se me han borrado de la imaginación completamente... dijo el duque afectando recorrer su memoria.

—De veras, ciudadano?

—De veras, os digo.

—Conque ya no te acuerdas de un tal Jaime Briot.... aquel á quien condenaste á muerte, habiéndole interrumpido veinte veces en la defensa que hacía, en vez de dejarle campo ancho para sincerarse?

—No, señor; no me acuerdo de semejante cosa.

—Tienes razón, el hombre que con-

sigue olvidar sus crímenes tiene mucho adelantado... tanto mejor.

—Un fallo judicial.. por ejemplo, ese á que aludís, jamás puede calificarse de crimen, señor mio.

—No fué judicial el fallo que condenó á muerte á Jaime Briot... fué un decreto de asesinato! exclamó Pedro Herbin, cuya fisonomia, mudando súbita de espresion, tomó un aire siniestro, en vez de la brutal energia que hasta entonces habia afectado.—Jaime Briot era amigo mio, ó por mejor decir, un hermano... A ti te arrastraba un odio infernal, cuando tan desapiadado le perseguías, pues que nunca un hombre mas leal, ni mas puro, habia abrazado la causa del pueblo..... El crimen de aquel desventurado fué el haber favorecido la fuga de dos realistas. En pago de este acto de generosidad, digno de la admiracion de todos los partidos, solicitaste y obtuviste su cabeza.. con el deseo de satisfacer tu venganza.

—No tengo presente ese lance, dijo Mr. de Brecciano, evidentemente sobrecogido.

=Nolo tienes presente eh?... pues yo voy á refrescar tu memoria..... Los dos realistas que Jaime Briot puso en salvo, eran el conde de Grandpré y el baron de Nerolles.. acompañábales un tal Montbard, antiguo soldado de guardias; se habian escapado de Lyon cuando el degüello de los encarcelados, y podido llegar hasta las puertas de Dijon, despues de haber arrostrado peligros innumerables. Prócsimos a espirar de cansancio y de hambre, se detuvieron en casa de Jaime Briot y se les ocurrió la feliz idea de confiarse á su generosidad. En efecto... él les salvò; pero Montbard, aniquilado con sus padecimientos, no pudo seguirles... descubriéronle oculto en casa de Jaime Briot, y tú... para tener algun pie de acusacion contra mi desgraciado amigo, pediste la pena capital contra Montbard!... y tres dias despues, en vir-

tud de una nueva reclamacion tuya, pereció Jaime Briot en el cadalso!...

—Posible es eso, pero no me acuerdo de nada.. exclamó el duque.. ahora bien, á qué viene evocar esa funesta época que ya ha trascurrido.

—Te lo diré sin pérdida de tiempo: Yo era á la sazón portero del tribunal, é hice dimision de mi destino al tener lugar una muerte ejecutada con tan espantosa injusticia.... porque no me eran desconocidas las causas de tu aborrecimiento á Jaime Briot.

—La ley queria entonces que todos los que diesen asilo á los enemigos de la nacion sufriesen la pena de muerte.. En aquella circunstancia no me impelió el mas leve motivo de odio contra él.

—El mas leve motivo de odio, dices! y «Guillermina Butler?...» exclamó Pedro Herbin con voz aterradora...

El duque bajó la cabeza sin responderle. Pedro Herbin continuó.

—Al dejar mi destino, llevéme, por cierta piadosa veneracion, los autos del proceso de Jaime Briot. . Obré mal, sin duda; pero anhelaba tener en mi posesion esos documentos, á fin de rehabilitar su memoria algun dia... En la causa se hallaban incluso algunas piezas pertenecientes al proceso de Montbard, aquel antiguo soldado de la Guardia.... En medio del hacinamiento de legajos no se advirtió esta falta... Fuime á viajar por espacio de muchos años. Luego que supe tu reciente elevacion, creí que era llegado el momento de desacreditarte y hojé nuevamente los autos del proceso.... pero cuál fué mi júbilo al hallar entre ellos varios papeles, los cuales, aunque poco pudieran importarte en el año 92, no dejaria ahora de darte un golpe mortal y echar por tierra toda tu encumbrada fortuna?

En virtud de un movimiento maquinal, tendió la mano el duque hácia los papeles que Pedro Herbin le enseñaba.

Retirólos su interlocutor con viveza y ocultólos diciendo:

=Cachaza... y ten entendido que aunque los cogieras, maldito lo que habrias adelantado. Bien puedes suponer que no me habré arriesgado sin la debida precaucion á presentarme á un señor de tu calaña, el cual solo tiene que boquear una sílaba al gran Napoleon para que las gentes vayan á Vincennes. Estos papeles son copias de los originales que conservo depositados en lugar seguro... Así no te alteres... Aun euando en este mismo instante despacháras un aviso á tu amo para deponer en contra mia, y pedirle, como si dijéramos, un mandamiento de prision, igual á los que estaban en boga durante el régimen antiguo, tiene orden un íntimo amigo mio, si yo no pareciese mañana, de obrar contra ti en virtud de los documentos originales.

—Y con qué fin? exclamó Mr. de Bracciano, espantado á su pesar.

=Con qué fin! ahora lo sabrás, con-

testó Pedro Herbin, buscando un documento en su lio de papeles...

CAPITULO V.

Montbard, el soldado de Guardias,

La serenidad de aquel hombre confundia á Mr. de Bracciano.

Acordábase efectivamente, que ciertos vergonzosos motivos, cierta rivalidad en los amores de una mujer extranjera, habian promovido su odio y escitado su posterior vengaza contra Jaime Briot; pero no le era posible concebir que influencia pudieran ejercer en su suerte actual esos hechos que pasáran tanto tiempo hacia.

Recobrando ánimo, dijo con altivéz á

Pedro Herbin: Concluyamos, señor mio.. se va haciendo muy tarde.

—Que se va haciendo tarde? no tardarás en ver que es demasiado temprano!... contestó Pedro Herbin con aire sombrío... Pero, tomemos las cosas por su orden. Te acuerdas de un oficial austriaco, prisionero en Dijon el año 92 que se llamaba Butler?

—Tengo de él un recuerdo muy vago... dijo el duque mudando de color.

—Un recuerdo muy vago!... Pedro Herbin se sonrió con aire sardónico... y de su hija Guillermina... te acuerdas tambien?

—Si, dijo el duque con voz breve é inasegura.

—Jaime Briot, repuso Herbin, amaba tiernamente á Guillermina Butler, la cual le correspondia con pasion... Viste aquella hermosa jóven.... te prendaste de ella... pero tus obsequios fueron rechazados con desden... y te confesó sin rodeos Guillermina que su corazon pertenecia esclusivamente á Jaime Briot... ju-

raste la muerte de ese desdichado.....
Aguardaste una ocasion... y por fin cum-
pliste tu juramento.

—Ah! ese hombre! siempre ese hom-
bre! exclamó el duque con una especie
de espanto...

—Si, siempre ese hombre, repitió Pe-
dro Herbin, añadiendo en tono casi so-
lemne:

=Escúchame, Gerónimo Morisson... ni
tú ni yo creemos en cosa ninguna... Tu
ambicion no tiene límites. Todos los me-
dios te parecen plausibles con tal de con-
seguir tus fines... Tienes el corazon de-
secado por el egoismo... has sido un ase-
sino jurídico, la casta mas perversa de
todas, porque es la mas cobarde. Sin po-
der igualarme contigo, soy mas bien ma-
lo que bueno.... La pobreza ha deprava-
do mi corazon aunque ambos desprecie-
mos lo que otros temen y acatan; diré
mas, por muy perversos que seamos, es
preciso doblar la cerviz ante ciertas fata-
lidades providenciales. Tu hiciste morir

á Jaime Briot... Pues bien!... en virtud de una combinacion de circunstancias inauditas, se aprestan á salir del mismo sepulcro de aquel desventurado las desgracias que van á abrumarte... Tienes, pues, razon de decir con espanto: siempre ese hombre!..

Conmovieron á Mr. de Bracciano las palabras de Pedro Herbin. Cierta presentimiento le advertia que alguna terrible verdad iba á desprenderse de aquel caos.

Los acontecimientos del dia, la hora avanzada de la noche, la siniestra figura de Pedro Herbin, los sangrientos recuerdos que este evocaba todo contribuia á aumentar el terror involuntario de duque.

Pedro Herbin repuso con voz grave:
—Jaime Briot carecia de bienes de fortuna. El capitan Butler aunque pobre tambien, le habia negado la mano de su hija; la desventurada Guillermina solo prestó oidos á su propio corazon. Tres meses despues de muerto su amante, dió ella á luz un hijo. Este cuenta hoy diez y

ocho años... y es... Herman Forster....
tu secretario...

—Herman, hijo de Jaime Briot! exclamó el duque con espanto... Herman!

—Luego que te ausentaste de Dijon para trasladarte á Lyon en calidad de acusador público tambien..... regresaba de Viena Guillermina Butler..... Su padre habia muerto en la espresada ciudad..... Educó ella á su hijo haciéndole dar el apellido de Butler, hasta que un acontecimiento, que no te interesa saber, la obligó á enviarle á Francia bajo el nombre de Herman Forster.... Habrá de esto ahora seis meses..... A fuerza de intrigas conseguí hacer entrar en tu casa á Herman, sin que sospecháras ni aun remotamente que tan bello regalo de mi mano te provenia.

=Miserable!... exclamó el duque, tu intencion al obrar de ese modo, era sorprenderme algun secreto de estado!... Introducir en mi hogar doméstico á un hombre que sin duda se creia con el de-

recho de ser enemigo mortal mio! decia el duque paseándose acelerado por su aposento... Emponzoñar el alma de ese niño con tus calumnias abominables!

=Calumnias dices!... El sabia que tú eras el asesino de su padre... no necesitaba yo calumniarte por cierto!

—Todo esto es un tegido de infamias! de intrigas infernales!

—Bien ves ahora, cuanta razon tenias en decir: siempre ese hombre?... escucha una palabra mas... Gerónimo Morisson; todavia no estás á cabo de todo.. Dejémonos por un instante de Herman Forster... Volvamos á Montbard, que pereció tambien en la guillotina, merced á tus amaños, y fué causa inocente de la muerte de Jaime Briot... Sabes quién era ese Montbard?

=Un antiguo soldado de la guardia... Vos mismo lo habeis dicho... Pero pongamos fin á esta escena... Me encuentro muy fatigado... Mañana podré oiros con todo descanso...

—Mañana! exclamó Pedro Herbin, prorumpiendo en una risotada salvaje. Mañana! cuando todavía lo ignoras todo!... Conoces las causas, pero aun no sabes los efectos... Siempre ese hombre, te repito..... Montbard es la clave del enigma... Montbard no era lo que aparentaba ser. Montbard era un noble, un emigrado que volvía á su pátria bajo un nombre fingido...

—Y á mí qué me importa eso? exclamó el duque.

—Qué te importa?... qué te importa? Me place verte adormecido en seguridad tanta... Pero, no tardarás mucho en despertar para que conozca que el sacudimiento de tu ensueño será de los mas terribles...

Miró Mr de Bracciano á Pedro Herbin con aire estupefacto... este prosigió.

—Era Montbard un noble, un graa señor disfrazado con el humilde titulo de ex-guardia. En lo precipitado que anduviste en promover una acusacion de pe-

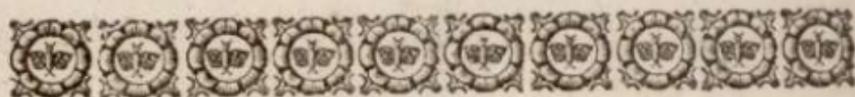
na capital contra Jaime Briot, no te tomaste el trabajo de ecsaminar el legajo que aqui ves... (Pedro Herbin le enseñó los papeles que tenia en la mano). Sin embargo este documento prueba quien era el tal Montbard... Y ahora, mira quizá darias todo tu caudal... á trueque de hacer trizas ese papelucho...

—Eb, gritó el duque, con mas impaciencia que temor; concludid, caballero, y decidme quien era ese hombre. Todo esto ha durado ya demasiado.

—Mira si existe ó no una providencia! contestó Pedro Herbin. Ese fingido Montbard, que sirvió de pretesto para llevar adre de Herman al cadalso... era....

—Acabareis de hablar! eslamó el duque fuera de sí.

—Montbard... era el marqués de Souvry... padre de tu esposa actual!



CAPITULO VI.

Esplicaciones.

Al oír las anteriores palabras retrocedió el duque dos pasos, y clavó en el amigo de Jaime Briot una mirada sombría; por último, no pudiendo resistir mucho tiempo á este golpe, se dejó caer en un taburete.

Herbin lanzó á Mr. de Bracciano una mirada de triunfo y prosiguió: ves ahora, si tenias razon en decir... al hablar de Jaime Briot... siempre ese hombre! Conoce que la providencia fecundiza la sangre de sus victimas!

Despues de algunos instantes de silen-

cio, repitió Mr. de Bracciano en hueca voz: El! él!.... Montbard era el marqués de Souvry!... en seguida añadió: Pero no... no... eso es imposible.. El marqués pereció en el degüello de los presos de Lyon... Mientes villano!... mientes con la audacia mas inaudita!

Por toda respuesta enseñó Pedro Herbin al duque con su imperturbable sangre fria una de las piezas del legajo.— Esta copia te instruirá... pues lo es de una carta original del marqués de Souvry... quien durante la matanza que tuvo lugar dentro de las prisiones, pudo conseguir escaparse de los calabozos de Lyon, donde le habian encerrado bajo su nombre verdadero. Despues de aquella terrible noche se le supuso muerto y arrojado al Ródano con las demas víctimas. En su fuga tomó el nombre de Montbard; y luego que llegó á casa de Jaime Briot se fingió soldado de la ex-guardia y desertor, á fin de inspirar menos desconfianza por lo insignificante

de su categoria. Por igual razon, cuando le prendieron de nuevo, guardóse de revelar al tribunal su nombre lejítimo. Despues de haberle comunicado su sentencia de muerte fué cuando escribió esta carta á uno de sus amigos, refiriéndole su fuga de la cárcel de Lyon. El alcaide de las prisiones de Dijon, á quien Souvry habia sobornado con todo el oro que le quedaba para que esta fuese remitida al extranjero con toda seguridad y sigilo, me la entregó. Todavía ejercia yo las funciones de portero de estrados, y la agregué á los autos del proceso... En la prisa que tenias de traer las cosas á término, ademas que esta circunstancia era para ti poco interesante entonces, rubricastes sin duda aquella carta como las demas tojas.

—Será verdad? exclamó el duque, arrebatando ansioso el papel que le mostraba Pedro Herbin.

Leyólo, y gritó desahogado, rasgándolo y pisoteándolo con furia: Maldicion!..

—Bien ves que he sido prudente en no traer conmigo el original que con tu rúbrica obra en mi poder... dijo Pedro Herbin sin abandonar su calma... Ahora repasa con la vista las demas piezas del proceso.. y en seguida hazlos tiras, si te place.. Con eso regresaré á mi casa mas libre de peso.

El duque, sin contestar á Pedro Herbin, recorrió atentamente el lio de papeles, y no pudo conservar un átomo de duda respecto á descubrimiento tan espantoso, rechazó de si la copia del proceso, oculta entre sus manos la cara, y dijo con agonía: Dios mio! qué fatalidad! qué fatalidad!

Despues de un corto silencio, prosiguió con voz mas eótera:

—Ahora, señor, estoy al cabo de todo. Vuestra intencion es seguramente conseguir que se os premie vuestro sigilo... Herman se encuentra pobre y desamparado... quereis que yo asegure su suerte actual... el porvenir tambien.....

Siento en el alma lo pasado; bien podeis creer que hablo con toda sinceridad; pero á lo menos haré cuanto esté á mis alcances para que quedeis satisfecho. Los documentos que conservais, serán una garantia para vos del cumplimiento exacto de mis promesas.

Notando el duque la calma con que le escuchaba Pedro Herbin, adquirió duplicada osadía. Comenzó á lisonjearle la idea de que podría salir de la terrible posicion en que se hallaba, á favor de algunos ligeros sacrificios.—Estoy convencido, dijo con aire hipócrita y fingidamente sincero, de que tengo que cumplir ciertas obligaciones respecto al hijo del malaventurado Jaime Briot..... creed que si, Mr. Herbin; pero aun cuando las apariencias depongan en contra mia, podeis estar seguro de que en aquel deplorable asunto no pase de ser el órgano severo, aunque imparcial, de la ley. Yo cuidaré, pues, de Herman Forster..... su presencia me causaria demasiada pe-

na para que pudiera en adelante tenerle conmigo..... Pero, merced á mi influencia, está en mi mano asegurar su suerte; desde luego puede contar con un buen destino..... además de una pensión proporcionada á sus necesidades..... de unos doscientos napoleones, supongo..... No os parece suficiente esta cantidad?..... decidmelo con franqueza, Mr. Herbin, porque estoy dispuesto á hacer por él cualquier sacrificio.

Sonrióse el cojo de un modo muy extraño y nada contestó. Juzgando que su silencio equivalia á un asentimiento tácito, prosiguió el duque:

—En cuanto á vos, buen Mr. Herbin, no considero que á los años que contaís puedan conveniros destinos de ninguna especie. Si no me engaño, creo que me habeis dicho que sois pobre. Pues bien!.. juzgais que os vendrá mal una pensión análoga á la de Herman Forster? Os repetiré cuanto he dicho respecto á ese desgraciado jóven. Dado caso que no os

satisfaga esa pension de doscientos napoleones.... me estenderé hasta trecientos..... á pesar de hallarme hoy abrumado de otras obligaciones mas que gravosas..... Conque..... qué decis? Eh?.... pero por amor de Dios, contestad algo! exclamó el duque de Bracciano, inquieto al notar el silencio de Pedro Herbin, el cual continuaba mirándole con su estraña sonrisa..... ahora, si vuestras pretensiones tienden á otra cosa..... esponedlas sin rodeos.

Encogióse de hombros Pedro Herbin.— Ah! te se ha figurado, ciudadano, que por unos cuantos millares de mezquinas libras, vas á comprar el sigilo nuestro?... Ten presente que el dia de mañana puedo decir: «Veis á ese hombre? pues bien, ha osado casarse con la hija de aquel á quien hizo morir en un patíbulo! Impelido de su insaciable ambicion, [precipitado por su desenfrenada codicia..... ha pretendido este enlace, sabiendo que la señorita de Souvry era hija de su vic-
desventurada!»

—Esa es una infamia! exclamó con viveza el duque. Pues qué, no sabes que eso es un absurdo? sabia yo acaso esa desgraciada circunstancia?

—Y quién habrá de creer que ignorante de ella estuvieses? Los autos originales, la carta del marqués, no llevan tu rúbrica? Sí la tuya, Gerónimo Morisson, como acusador público!... Podrá nadie creer que hayas firmado un papel sin leerlo?

—Pero, con todo, esa es una accion infame! exclamó el duque; sin embargo, decidme, decidme sin demora el precio en que tasais vuestro sigilo!...

—El precio!... el precio! tú si que eres un infame cuando me crees capaz de vender mi sigilo por plata ú oro... No... añadió Pedro Herbin con irónico énfasis... no: he venido acá impelido únicamente por el amor de la virtud... Ni Herman ni yo aceptaremos cosa alguna de ti... asesino del padre de tu esposa!

=Oh desgracia!... oh desgracia!... es-

clamó Mr. de Bracciano arrancando un doloroso gemido.

=Lo que quiero, prosiguió Pedro Herbin... lo que quiero en mi desinterés, lo que pretendo, es romper una union sacrilega, impia, que ultraja á la naturaleza!

=Qué dices? Dios mio, qué dices? dijo sollozando el duque, temeroso de comprender el sentido de las palabras de su interlocutor.

—Digo que Dios y los hombres reprueban tu enlace con Juana de Souvry, hija de aquel noble que pereciera á tus manos! Te digo que si ahora mismo no redactas una demanda de divorcio, fundada en... no importa en qué razones, mañana doy publicidad á estos documentos... Pues bien, puedes figurarte que la ley vacile un momento en arrancarla de tu odioso poderio? Mirate cubierto de oprobio... objeto del terror universal... despojado de tus empleos, de tus honores... porque nadie dudará un momento que hayas sa-

bido que Montbard fuese el marqués de Souvry... No lleva tu rúbrica su carta?... A quién, pues, podrá ocurrírsele, que luego que viste por primera vez el nombre de la señorita de Souvry, no te acordases de un hecho como ese? En fin el mismo Emperador... no te tratará sin el mas leve miramiento receloso de que no se le suponga cómplice de tu infamia?

Permaneció Mr. de Bracciano por un instante enteramente confundido.

En seguida gritó rebentando de cólera y despecho.

—Ahora lo veo todo... El coronel es quien ha descubierto esos papeles... Tu eres un instrumento suyo... La causa de que haya abandonado á Viena con tanta precipitacion á pesar de las órdenes que tenia, y arrostrando todo el peso de la ira del Emperador, no es otra que la de venir á disfrutar los resultados de esta infernal maquinacion.

—Está para venir el coronel, bueno es saberlo, dijo para si Herbin... En na-

da sospecha de Herman... tanto mejor... dejémosle en esta equivocacion, de la cual podremos sacar partido. . y vamos á ver si conseguimos hacer que el duque tome á su cargo el arresto de Surville, en caso de que este viniese demasiado temprano para nuestros propósitos.—Escucha, Gerónimo Morisson, repuso el cojo: para darte una prueba de que no estoy obrando por instigacion suya, te daré un buen consejo... el cual mudaré en mandato especial... toda vez que no lo tomes... El ministro de la policia es amigo tuyo; escríbele al momento y á nombre del Emperador que haga poner en arresto al coronel tan luego como se presente en las tapias de Paris; bastará para esto con un aviso que dé en todas las barreras.

—Y sois vos quien me invita á hacerlo; vos? Cómo sabeis que el Emperador ha espedido efectivamente una orden para que se prenda al coronel y se le traslade á Vincennes, donde se le pondrá en la mas severa incomunicacion! dijo asombrado el duque.

—No me creía yo tan buen profeta, pensó Pedro Herbin; esto vá á pedir de boca: se me ocurrió exigir del duque una cosa delicadísima; el Emperador es nuestro comodín... y una vez puesto á buen recaudo el coronel, quedamos para siempre tranquilos.

—Segun eso no sois un instrumento del coronel?

—Que no lo soy, bien debe constarte ya, ciudadano, no lo estas viendo?

Paseábase Mr. de Bracciano precipitadamente en su biblioteca; no sabia qué resolver; preveía las consecuencias espantosas que pudieran resultarle de la publicidad del proceso formado al marqués de Souvry... contemplaba deshecho de un soplo el andamio de su brillante fortuna, erigido con tan inmenso trabajo. No habia que vacilar. Precisábale promover por si mismo la solicitud de divorcio, y obtener por este medio la destruccion de los papeles que Pedro Herbin poseia; entonces pudiera aun ser factible que

conservase sus empleos y honores..... Si por lo contrario, se daba publicidad á tales documentos, conocia demasiado al Emperador para tener una infalible certeza de que, en la duda misma, le sacrificarian mil veces antes que conservar á su lado un hombre culpable de una accion tan negra como aquella de que entonces se vituperaria á Mr. de Bracciano.

No pudiendo titubear entre estas dos alternativas, el duque dijo á Pedro Herbin.

—Me teneis en vuestro poder, y debo fiarme de vuestra palabra... Yo mismo voy á pedir el divorcio; tan luego como se decrete, quemareis delante de mi los papeles que obran en vuestro poder... os conviene esto?

—Perfectamente, contestó Pedro Herbin, no queria yo otra cosa; solo falta que tu instancia quede entregada á quien compete, con toda formalidad, antes de las siete de la prócsima mañana. Ten-

go mis motivos para ecsijirlo. Velarás esta noche si preciso fuese; alega en tu escrito la incompatibilidad de genios y el consentimiento mútuo; porque no me cabe duda de que tu mujer no te negará su beneplácito. Adios, ten presente que si tu solicitud no queda entregada mañana, me consideraré en plena libertad para proceder, y mira que los papeles estan ya en manos de quien corresponde.

—Quedamos convenidos, caballero.

—Entonces, señor duque, dijo Pedro Herbin saludándole respetuosamente, os beso las manos, y os ruego deis otra ojeadita á la copia de autos que ahí dejo, á fin de que os tengo atado de pies y manos.

Pedro Herbin salió del palacio.

Mr. de Bracciano se dirigió á la habitacion de su mujer.



CAPITULO VII.

El consentimiento.

Ya dijimos que luego que se ausentó la princesa de Montlaur, escribió Juana las palabras siguientes á Herman:

«Todo se ha perdido... ya no queda esperanza... No morireis solo... Esta noche os devolverán la cruz de vuestra madre.

Desesperanzada respecto al porvenir, decidióse la malhadada Juana á participar de la suerte de Herman... á morir con él... pura y sin tacha.

A tal punto se habian aglomerado los acontecimientos durante aquel dia fatal, que madama de Bracciano se hallaba bajo la influencia de una especie de embriaguez febril.

A veces se paseaba agitada por su aposento, á veces volvia á caer en un taburete completamente aniquilada.

Aguardaba con vivas ansias la jóven á que la noche estuviese bien adelantada para salirse de casa por una escalerilla falsa, la cual desde su gabinete de tocador, bajaba al pátio de las cocheras.

Por una casualidad que favorecia sus designios, una de sus criadas, recién casada, recibia aquella noche la visita de algunas personas, y daba un pequeño festejo á sus compañeros de servidumbre. Juzgó Juana que bajo el disfraz de un pañolón y un sombrero pudiera tomar el portero por una de las mujeres que habian asistido al sarao.

Ya era cerca de la una de la madrugada.

Abrió Juana la cortina de su ventana para ver si todavía estaba encendida la luz en el cuarto del portero.

Tenia mucha prisa por salir de su casa.

Después de haber despertado todas las esperanzas de Herman con la primera carta que le dirigió, acababa de sumergirle de nuevo en un abismo de dolor.

Consideraba un sagrado deber el ir á espirar con su amante.

El reloj dió la una... una opaca luz alumbraba el pátio... Creyó Juana que era el momento mas favorable aquel para verificar su evacion.

En el cuarto donde se hallaba habia dos retratos: el uno de su tia, el otro de su madre, á quien habia conocido apenas.

—Antes de emprender su marcha, arrodillòse delante de aquellas pinturas. Sus lágrimas, que por tanto tiempo habia comprimido, se deslizaron abundantes. Sintióse con esto aliviada.

—Madre, perdonadme! y vos tambien, segunda madre mia, concededme vuestra indulgencia! decia la duquesa en voz sumisa y á través de los sollozos que la sofocaban. Vuestra hija va á cometer una grave culpa... pero vosotras rogareis por ella... y Dios tal vez me perdonará por haber atentado contra mis dias!..

En seguida quemó Juana las páginas de un album, en las cuales habia escrito algunas de sus juveniles ilusiones..... dejó encima de su papelera una carta para la princesa de Montlaur. Este billete contenia sus últimas voluntades.

Aquella habitacion no recordaba á la duquesa ninguna dulce memoria; sin embargo, al dejarla sentia una violenta y dolorosa emocion.

Iba ya Juana á tomar su manton, cuando sintió llamar á su puerta, y oyó acto continuo la voz de su marido, solieitando venia para entrar.

Quedóse inmóvil la jóven, figurándosele que el duque habia adivinado su in-

tento, y faltáronle las fuerzas para avanzar un solo paso.

Mr. de Bracciano, pensando que su mujer estaba acostada y dormida, abrió la puerta.

Asombrado de la palidéz y del trastorno que advirtió en las facciones de Juana, no pudo menos su marido de esclamar: Válgame Dios, señora qué es lo que teneis?

La duquesa que al verle sintió renovarse todos sus resentimientos exclamó: Qué quereis de mi, señor? Es cosa... Dios mio!... que á lo menos no pueda yo estar sola en mi cuarto?

—Señora, dijo Mr. de Bracciano, perdonadme mi indiscrecion; pero lo que vengo á deciros es de tanta gravedad que.....

—Señor, contestóle Juana, estoy indispueta..... Necesito descansar.... os ruego.. os suplico que os retireis..

—Luego que me hayais oido, señora no sentireis haberme concedido un momen-

=Pero... en nombre del cielo, señor, que es lo que buscáis todavía en mi aposento? Esta es una tortura insufrible.

—Desde nuestra última vista, señora, he reflexionado sobre la petición de divorcio que me hicisteis. La franqueza de vuestras confesiones me ha probado que nuestra unión solo podría producir en adelante muchos sinsabores. Instigóme el primer movimiento á oponerme á toda separación... Bien sabia el precio del tesoro que iba á perder... Ahora, mas tranquilo, pienso efectivamente, señora, que estaria mal visto en mi abusar del poder que la ley me dá para obligaros á hacer vida conmigo.

Creia Juana que estaba soñando; contemplaba á su marido con un completo trastorno de ideas muy parecido á la imbecilidad. Dos veces se pasó por la frente la mano, dirigió la vista en derredor, y sus ojos volvieron de nuevo á fijarse con helado asombro en Mr. de Bracciano

que entretanto parecia absorto en profunda reflexion.

Habia experimentado ya Juana tan cruelmente el peligro de dar suelta á una esperanza mal fundada, que, comprimiendo, por decirlo así, las sensaciones de su corazon, dijo á su marido:

— Señor, perdonad.... temo no haberos entendido bien..... Tened la bondad de repetir...

Miróla el duque en silencio durante algunos minutos, y luego, levantándose bruscamente, contestó:

—Pues bien, señora.. accedo al divorcio... pues que me seria muy duro veros infeliz...

—Qué accedeis al divorcio! contestó madama de Bracciano, con las manos cruzadas... Accedeis al divorcio!

—Sí, señora, os lo repito... El sacrificio es inmenso; pero no quiero alimentar el triste consuelo de desear vuestra desdicha.

—Ah señor... cuán horrible seria el

que me engañáseis... Pero, no, no... estoy loca... el dia de hoy ha sido tan cruel... estoy soñando... sí... estoy soñando.. tengo trastornada la cabeza.

En aquel instante dió el reloj la una y media.

—Ah! gritó Juana, levantándose repentinamente y corriendo á la puerta con aire desatentado.—No hay que perder un momento!... si no será demasiado tarde!

—Señora... pretendéis huir de mi, cuando vengo á daros la prueba mas completa de mi resignacion á vuestros deseos? exclamó el duque.

Miróle Juana sin pestañear. Y es cierto lo que me habeis dicho? repuso. Conque no es una burla inhumana?

—Leed, señora, y firmad, si os place le dijo el duque mostandole la solicitud de divorcio que acababa de preparar.

—Fué Mr. de Bracciano á buscar una pluma para que de ella se sirviese Juana, Leyó esta con suma atencion el escrito, y luego, arrojándose á los pies de

su esposo, exclamó juntando las manos: Ah! señor... señor... sois el mas generoso de los hombres! cuánto os he desconocido hasta la hora presente!!

—Señora... señora... alzá... no merezco semejantes elogios... He hecho cuanto un hombre de bien puede hacer. Mi único sentimiento es el haber vacilado... Tened la condescendencia de firmar..... ya es muy tarde, estais fatigada... yo tambien lo estoy... Mañana hablaremos á cerca de vuestros designios... buenas noches, señora.

—Buenas noches, señor, dijo Juana, tomándole una mano á su marido y apretándola entre las suyas cariñosamente. Sé cuanto os cuesta este sacrificio... Ah! creed que se tendrá en cuenta... Vivid seguro que mi gratitud, que mi eterna amistad...

—Con esta última me consideraria yo mas que satisfecho señora... demasiado feliz me juzgara con merecerla y conseguirla.

Retiróse Mr. de Bracciano.



CAPITULO VIII.

La fuga.

Es imposible describir el trastorno que sufrieron las ideas de madama de Bracciano.

Hubiera necesitado Juana una fuerza de espíritu poco comun para sobrellevar el contraste que la hacia pasar tan súbitamente de las mas dolorosas angustias al júbilo mas delirante.

De repente, sin embargo, un espantoso recelo anubló el pensamiento de la duquesa:

Y si Herman, al recibir su última carta, no hubiese podido resistir aquel nuevo golpe que desbarataba todas sus locas esperanzas, engreído con tanta imprudencia por su primer billete?

Al concluir Juana esta idea, pues que su cabeza se hallaba ya debilitada con tantos sacudimientos... tuvo, no diremos un instante de locura, pero sí un desaliento completo.

Imaginóse que veía espirar á Herman... moribundo tal vez en el instante mismo de ver ella realizados sus votos mas ardientes.

Y tan á deshoras á quien comisionaria para enterarlo de una dicha inesperada? Luego qué fe habria de prestar él á una nueva promesa? No le habia dado la primera un cruelísimo chasco?

—No vaciló Juana: olvidando su natural reserva, su timidéz habitual, y sin tener en cuenta lo imprudente ni lo grave del paso que meditaba; creyéndose facultada para velar por la ecsistencia de aquel

á quien ya consideraba como esposo suyo, determinó ir en persona á participarlo todo á Herman.

No me hubiera faltado ánimo para ir á decirle que muriese... ni para morir con él! exclamó la jóven... Por qué, pues, me ha de faltar para ir á decirle que viva?

Tomó presurosa su pañuelo y su sombrero; bajó por la escalerilla que comunicaba con su cuarto de tocador; pasó por delante de la habitacion del portero, donde ardia aun una débil luz, y dió unos golpecitos en la vidriera. Abrióse la puerta de la calle.

Salió Juana del palacio de Bracciano.

La noche estaba lluviosa y fria.

El palacio de Bracciano, sito en el arrabal de San Honorato, no estaba muy distante de la casa donde Herman vivia.

Algunas veces Juana, al pasar en su coche por delante de aquella humilde habitacion, habia dirigido á ella una melancólica mirada.

Ofuscada por su exaltacion, se olvidó

Juana de la noche, de los temores que las tinieblas deberían infundirle, y se aventuró á atravesar sola aquellas calles sombrías y desiertas.

Caminaba con paso rápido, pensando en la sorpresa tan agradable que iba á causar á Herman Forster. Temerosa de llegar demasiado tarde, maldecía su debilidad, sus emociones, por fin todo lo que la impedía adelantar en su tránsito cuanto deseado hubiera.

Después de andar un cuarto de hora, llegó al terreno solitario, en medio del cual estaba construida la casa habitada por Herman.

Vió la duquesa una luz brillar á través de las vidrieras de su estancia.

Con el corazón próximo á estallar se llegó á la puerta del edificio.

Por casualidad encontró entornada la del zaguán.

La casa solo tenía tres pisos de poquísimos fondos. No era fácil equivocarse.

Subió Juana con rapidéz las escaleras.

El portero, que dormía sin duda á aquellas horas, no pudo advertir nada.

Luego que llegó la jóven al segundo alto, abrió bruscamente la puerta, gritando desaforada:

—Herman! Herman! nos hemos salvado!

Cuál sería su sorpresa?... nadie había en el cuarto.

Una lámpara estaba ardiendo sobre la mesa.

Y qué se había hecho de Herman?

Estremeciöse de espanto Juana. Si habría salido su amante para poner fin á sus dias?

Y á donde ir? y qué hacer?

No tardó en consolar su corazón una secreta é involuntaria esperanza... Embriagada con la dulce y ardiente superstición de su amor, no creyó posible la duquesa que la Providencia hubiese permitido á Herman atentar contra su propia vida, en el mismo instante en que ella acudía á participarle su comun felicidad.

Recobrada en virtud de estos pensa-

mientos, arrodillóse y oró fervorosamente.

Pidió á Dios perdón de los pensamientos de suicidio que por un momento estraviáran su razon. Dióle gracias por haber sujerido á Mr. de Bracciano la resolucion que habia tomado.

Repuesta y tranquilizada con su oracion, se levantó del suelo.

Mirando en torno de sí, advirtió un papel colocado sobre la chimenea donde humeaban unos tizones medio apagados.

Aquella esquila era de letra de Herman: contenia las palabras siguientes:

—«A la una de la mañana..... Vuelvo al momento.»

—Gracias, gracias!..... Dios bondadoso! está salvo!..... exclamó Juana, volviendo á caer de rodillas. No hay duda que estas palabras estaban destinadas para mí..... El infeliz me aguardaba..... Oh! su noble corazon no ha dudado de mi lealtad ... de mi valor..... de mi ar-rojo!

Completamente tranquilizada por estas

palabras escritas en el papel, y las cuales besó con piadoso entusiasmo, examinó la duquesa con sensible curiosidad la parte interior de aquella pobre morada. Allí estaban los libros de Herman; allí se veía el retrato de una mujer extraordinariamente hermosa, y ataviada á la moda estrangera cuyas facciones ofrecian una semejanza tan marcada con las de Herman, que Juana reconoció era el de la madre de este.

Arrasáronsele en lágrimas los ojos al recordar lo que Herman la habia referido acerca de su infancia y del amor de aquella pobre madre, la cual por espacio de tanto tiempo le habia velado cubierta de las vestiduras de luto.

Sacó á Juana de estas reflexiones, á la par melancólicas y dulces, el ruido de una voz que sonó en la escalera.

Estremecióse... no eran aquellos los acentos de Herman.

Oyó que pronuenciaban el nombre de este último, y púsose á escuchar:

—¿Te has quedado dormido, viejo borrachou?..... Te pregunto si Herman ha vuelto á casa, gritaba una voz ronca y aguardentosa.

—Subid á enteraros, contestó el portero con tono desabrido.

—Mil millones de rayos te confundan, dijo la voz.

Oyó Juana unos pasos muy pesados por la escalera arriba, y asustada, sin saber que hacerse, vaciló un instante.

El hombre que continuaba subiendo, llegó á la meseta de la escalera.

Juana sobrecogida miró en torno de sí, y descubrió la puerta vidriera de una alcoba á la cual ocultaba una cortina.

Apresuróse á abrirla, y entró en el dormitorio de Herman.

Como que apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie, tuvo que recostarse en la trampa que daba entrada al escondrijo donde estaba encerrado Boisseau desde el día antes.

Levantando transida de miedo una pu-

ta de la cortina, dirigió su vista á la sala y vió entrar en ella á Pedro Herbin.

La figura horrible de este hombre causó nueva zozobra á la desdichada jóven, la cual no podia concebir qué clase de relaciones pudiera tener Herman con una persona de aquella catadura.

Acercóse á la chimenea Pedro Herbin, vió el papel que sobre ella habia dejado Herman, y lo leyó...

A donde demonios habrá ido á la una de la madrugada? dijo en ademan reflexivo. No tardarán en dar las dos, y por qué no se habrá recogido todavia? Esto me trae mal parado, cuando tengo tantas cosas que decirle... pero.. oigo pasos en la escalera... él es...

Presentóse Herman Forster.



CAPITULO IX.

Confianzas.

Uno de los cristales de la puerta de la alcoba estaba roto, y tapado con la cortina.

Oyó Juana la conversacion siguiente:

—Conque y el duque? dijo Herman con zozobra... Consiente ahora en sancionar la demanda de divorcio?

—Ya es nuestro el duque! le ha entrado un miedo de perro chino exclamó Pedro Herbin con una risotada brutal.

—Qué te decia yo?... que el efecto del legajo de Dijon habia de producir

milagros inmensos.... Y por qué te empeñabas en no presentar esos autos sino en un caso extremo? dijo Herman. Para decidirte á valerte de ellos, fué preciso que viniese la carta que la duquesa me escribió ahora poco, y en la cual avisaba que venia á darse la muerte conmigo... mientras yo maldita la gana que tenia de morir.

=Tantas ganas tenias tú de eso como yo mismo; lo sé muy bien pero respecto á los autos no me decidia á servirme de ellos en contra del duque... Escúchame, pues; tú me has prometido un pasar decente toda vez que el negocio cuajára... Enhorabuena: pero un hombre en la posicion que ocupa ese apóstata de Bracciano, es siempre un enemigo muy peligroso; tarde ó temprano no hay cosa mas fácil que caer uno en sus manos. Sin embargo, la cosa apura demasiado; á tí no te acomodaba hacer papel en el duo mortuorio que te proponia tu beldad, de los dulces ojos; y era preciso obrar

sin pérdida de tiempo... obré ahora bien de dónde diablos vienes tú?

— Del palacio de Bracciano; después que te fuiste puseme á reflexionar sobre el sentido de la carta de la duquesa .. parecióme harto ambiguo... Las palabras: «no morireis solo,» se me figuraron poco claras, temí que en su desesperacion no se la metiese en la cabeza el capricho de venirse aquí para morir conmigo un poco mas temprano de lo que yo deseaba. . y que se escapase de su casa antes que el legajo de Dijon hubiera hecho el efecto correspondiente en su marido... Escribíla de prisa unas palabras para rogarla que aguardase hasta mañana... corrí á su palacio á fin de que mi esquila llegase cuanto antes á sus manos, pero fuí demasiado á deshoras... canséme de llamar..... nadie me respondió... y héme aquí de vuelta con mi billete.

— Ah... bah! no tengas miedo de que tu amartelada hermosura se esponga á dar un paso semejante; ella es una presumi-

da; su virtud es de treinta y dos quilates; lo que ella quiere es disfrutar de los gustos del árbol vedado, conservando al mismo tiempo todos los honores de la virtud mas austera; quiere casarse con un amante en las barbas mismas de su marido; pero no iria á casa de su ídolo ni aun para morir en ella. Cuando te escribió eso, quizá proyectaria cantar su solo fúnebre sin testigos, creyendo que tu harias lo mismo por tu parte.

—Acaso tengas razon: lo cierto es que no ha venido. Están dando las tres de la madrugada, y no bay indicios de que llegue á estas horas..... Vamos, cuéntame tu entrevista con el duque, y dime por qué te has recogido tan tarde.

—Qué! te parece que al salir del palacio no iria yo á rondar la casa de ese infernal coronel á fin de averiguar si por acaso estaba ya de regreso..... y si habia llegado esta noche?

—Pues no está en Viena desempeñando una comision?

—Ya, pero la ha abandonado á todo trance. El Emperador está furioso contra él y quiere encerrarle en Vincennes.

—Y por qué razon vuelve tan inesperadamente Mr. de Surville?

—Pues qué, no lo aciertas?... para soplarte la bella de los ojos amartelados y sustraerla á tus maquinaciones diabólicas, como decia en la carta que escribió á ese imbécil que tenemos enjaulado ahí.

—Maldicion! exclamó Herman levantándose: Si ese hombre vuelve, todo se perderá!

—Por eso es preciso obrar con diligencia y sin demora; el duque consiente en divorciarse... ja! ja! ja!... añadió Pedro Herbin soltando una carcajada sardónica.

—Si hubieras visto la cara que puso cuando le probé mas claro que el dia, que el tal Montbard, que se titulaba soldado de guardias y pereció en la guillotina por su orden, era el marques de

Souvry, padre de su esposa actual.... y que por consecuencia resultaba que habia hecho cortar la cabeza á su suegro! Se podia dar dinero por presenciar su consternacion.... solamente una cosa me entristeció en aquel lance: el tener que nombrar á tu padre, á mi pobre amigo Jaime Briot. Ah! entonces valía yo algo mas que ahora! Despues de un instante de silencio, repuso Pedro Herbin:

—Pues bien, créeme si quieres; pero lo cierto es que se me angustiaba el corazon al hablar de aquellos tiempos. No quiero hacerme mejor de lo que soy; mas herviame la sangre en las venas al hallarme cara á cara con aquel miserable, que habia perseguido á mi amigo hasta la muerte con tanto encarnizamiento.

—Habremos yengado á mi padre con herir al duque en los objetos que mas caros le son.... su fortuna y sus esperanzas ambiciosas!

—Di mas bien la fortuna de su mu-

jer, contestó Pedro Herbin. En seguida, cual si quisiese sacudir los sombríos pensamientos que le agitaban, exclamò con alegría ficticia.

—Ah! bribonzuelo!... así que te veas rico, te entregarás al lujo... al boato... á todo el despilfarro consiguiente! Luego el bello secso... eh! bien te conozco, hipocriton, buena posta van á correr los doblones de la carta dotal.

—Sois un viejo maldiciente, caballero Pedro Herbin; tened la bondad de callar, dijo sonriéndose Herman, y dando á su camarada una cariñosa palmadita en el hombro.

En seguida, añadió con un suspiro: Ah! Dios mio, no vendamos la piel del oso antes de...

Qué!... par diez! ya tenemos á la osa en nuestras redes. Mañana queda firmada su demanda de divorcio.

—Y si pasado mañana viniese el infernal coronel? dijo Herman con voz desmayada.

=No tengas recelo... seguro está que llegue pasado mañana ese infernal coronel que dices... qué ha de llegar! lo que yo temia era que hubiese venido hoy. Ahora estoy tranquilo.

=Y por qué razon?

—Durante el coloquio que tuve con el duque, se le escapó decirme que suponía toda esta intriga matrimonial inventada por el coronel. La prueba que alegaba era que Mr. de Surville abandonaba precipitadamente su comision para volver á Paris con el objeto de disfrutar sin duda de los beneficios del divorcio; añadió que era yo un instrumento suyo. Ocurrióseme entonces una idea luminosa, que me sugirió el medio mas sencillo de impedir que el coronel pudiese obrar, en caso de que hubiera regresado á Paris. «A fin de probarte, ciudadano, le dije, que no soy instrumento de Surville, te ruego, y aun te mando, que en virtud del poder que sobre tí ejerzo en este instante, vayas á entenderte con

el ministro de la policia (se supone con beneplácito del gran Napoleon, el cual estoy seguro, no te negará la venia), con el objeto de prender y zampar en un calabozo al coronel tan luego como llegue á las puertas de Paris. Bastará para esto dar sus señas personales en cada una de ellas» Teneis razon, me dijo el duque... Bravo! contestéle yo... Bien ves ahora que tan luego como Surville ponga los pies en Paris, le meterán en la jaula, lo cual nos pondrá completamente á cubierto de toda tentativa que trajese maquinada, y nos deja campo ancho para nuestros enredos.

—Ahora bien, qué dices á eso? he sabido jugar el lance?

—A las mil maravillas... ni yo mismo lo hubiera hecho mejor.

—Lo está viendo, bobalicon? Pero es indispensable ahora comprometer á tu hermosa por todos los medios posibles, para que se ausente de Paris hasta que esté decretado el divorcio... conseguir que

se retire al campo, adonde la seguirás tú, y sobre todo obtener de ella que el lugar de vuestra residencia sea un secreto impenetrable... De esta suerte, aun cuando el coronel saliese de su encierro en Vincennes antes de celebrarse vuestra boda, no podría hacerte perjuicio alguno... La duquesa deberá acceder á esta partida... Sé muy bien que tú me la has pintado como algun tanto mojigata;] pero una vez que el divorcio se halla solicitado, y concedido por su esposo, qué podrá ella objetar? especialmente cuando le digas, como hemos convenido tú y yo, que amenazan tu vida los jueces del tribunal secreto de la jóven Alemania... y que es indispensable que nadie sepa por algun tiempo el paraje donde te hallas... ja! ja! vaya un cuento precioso!... tanto como todos los demás embustes juntos... Por supuesto, que habrás dejado ese cabo suelto en la novela que le forjaste acerca de tus juveniles años, sobre tu interesante infancia? ja! ja!... vaya una novela sen-

timental!... Qué imaginacion! Y dónde me dejas al anciano párroco, y su mujer que tomó celos de tus precoces adelantos en los estudios?... Ah! bribon! tú naciste para ser poeta ó cómico... Pero... qué demonios tienes? repóndeme... por qué estás tan pensativo?

—Estoy reflexionando que si despues de tantos afanes, de tantos apuros, y en el momento de entrar en puerto naufragásemos quizá por remate de travesia... si esa condenada mujer se obstinase en no querer ir al campo ni menos permanecer oculta allí... empeñándose en quedarse en París hasta que llegue el término legal del divorcio, quién es el guapo que va á conseguir varie de resolucion, porque es en todo y por todo madama «prudencia y madama conveniencia? En tal caso, qué habré de hacer yo? tarde ó temprano soltará la lengua el coronel... Ah! verme tan prócsimo á la fortuna, y sentir que se me escapa de entre las manos!

—Anda, que eres un chiquillo... no

te se escapará, si sabes manejar tu barca... Vamos á ver... pongámonos en lo peor... pues bien concedo que Surville se escape de las redes que le tenemos tendidas.. que llegue mañana mismo.. que hable...

—Me haces estremecer!

—Bueno!... y al cabo y al fin qué es lo que puede decir?... Lo que ha sabido en Viena por una increíble casualidad: que has sido condenado á diez años de presidio por. .

Pedro! exclamó Herman interrumpiendo á Herbin.

—Bah! no te enfades... que te sentenciaron á diez años de presidio por un abuso de confianza; esto no disuena tanto. Y qué probará lo que el diga? Cómo justificar la identidad de tu persona?... Te condenaron bajo el nombre de Jaime Butler. Pero tu tienes tus papeles en regla bajo el de Herman Forster.. luego no eres hombre que te pones colorado ni amarillo... y vive Dios, que sa-

brás sostener que Surville miente como un bellaco, y que solo los celos le hacen propalar semejantes patrañas. Tú posees el corazón de la dama... él poseerá su oído únicamente; luego á ti te se creerá, y á él no.

—Tal vez no vayas descaminado.. tus palabras me infunden aliento. Mas, como habrá podido el coronel descubrir á mi madre en Viena?

—Pues qué los enamorados no son capaces de todo? Y sabe el diablo si Surville está enamorado de tu futura mujer. Estoy tan seguro de que lo está, como de que tú no... pero siempre acontece así: solo amamos á los que no nos quieren, y vice versa, no es verdad?

—Tu me calumnias, Herbin. Madama de Bracciano me traerá una inmensa fortuna en bienes raíces, sin contar las esperanzas de aumento de caudal; y siempre deberé estarle agradecido, profundamente agradecido...

—Y mientras guardarás tu corazón y

tus amores para esa socarrona de Julieta, que te la pega con tanta habilidad! es una dicha por cierto...

—Os suplico, Pedro Herbin, que no habéis tan ligeramente de Julieta... bien sabéis que no me agradan esas bromas, dijo Herman en tono muy serio.

—Ola!.... ola!.... repuso Pedro Herbin... Ahora salimos con eso?..... Daria cualquiera cosa porque alguien estuviera escuchándonos... Vaya un magnífico rasgo de carácter!.... Deja que me burle á mis anchas de una duquesa... de la virtud misma, que queria darse la muerte por él, y vá á traerle una inmensa fortuna.... y luego se enfada porque llamo socarrona á una bailarina, de la cual está enamorado perdido!

—Pedro.... Pedro! abusais cruelmente de los favores que os debo, dijo Herman con voz seria y sentimental.

Cruzó los brazos Herbin y exclamó: bajo mi palabra de honor que esto vale un Perú! apuesto á que cree á puño cer-

rado lo que está diciendo!.... y á que se le figura que siente de veras!... Luego añadió el cojo con énfasis verdaderamente histriónico: Oh humanidad!.... !oh humanidad... humanidad! tus secretos son impenetrables!.... La duquesa tiene dos adoradores, Herman y Surville!., el uno gran señor, buen mozo, brillante, generoso, leal, y sobre todo enamorado hasta los tuétanos! el otro, también hermoso como un ángel, eso sí, pero malo como un demonio; depravado, pobre, codicioso, ladino (y sobre todo enamorado, no de la dama sino de su caudal).... pues bien, y por cuál de los dos se decide la sentimental duquesa? por Herman Forster!.... Ved ahí como anda el mundo! Ese Herman Forster á su vez tiene la elección de dos mujeres: la una bella, virtuosa, amante, señora de calidad, que le idolatra; la otra, pobre como una rata, de clase infeliz, con la carita estropeada, los ojos libertinos, y la conducta mas que perdida.... Y qué hace nuestro Adonis?

se casa con la dama de alto coturno, porque es rica, pero á la mujerzuela es á quien ama con delirio!.... En fin..... dime.... no es verdad?

—Eres un consumado filósofo, Pedro Herbin; pero en eso nada de nuevo dices.... así ha sucedido desde que el mundo es mundo... no es nuestra la culpa sino de la naturaleza.

—No está mala la excusa, á fé mia... pero sabes que á veces me haces temblar con tu aspecto meloso y embaucador?... A propósito de eso; sabes tambien que temo con frecuencia te niegues á pagarme la obligacion de los cien mil escudos que me has firmado, así que te veas poseedor de los bienes de esa dama? Eres menor de edad, y tal vez echés mano de esa disculpa.

—Y cabe tal felonía en tu cabeza? Pedro.

—Hablando de veras, ese es mi modo de pensar. Pero no tuviste otra garantia que darme; luego, al cabo y al

fin eres hijo de un sugeto muy honrado á quien amaba cuando yo era hombre de bien igualmente. Dado caso que llevases la ingratitud hasta el punto de desentenderte de tus promesas, me consolaré con pensar que he hecho lo que he hecho en obsequio á la memoria de tu padre.... Entiendes, personaje diabólico?

—Personaje diabólico! repitió Herman encogiéndose de hombros: en qué soy tan diabólico, dime? He podido yo remediar que la tal muger se me metiera por los ojos? No ha sido ella quien ha dado los primeros pasos? pasos, si se quiere, los mas virtuosos que pueden imaginarse.... me agrada dispensarle toda la justicia que se merece... pasos que mi reserva, hábilmente calculada, habian provocado indudablemente... Sea asi enhorabuena!... pero ha sido una guerra licita.... El negocio era de entidad (cuatro millones de caudal sin contar lo de la tia,) para que yo supiese jugar con los naipes tapados,

como se dice vulgarmente... Ahora la ley autoriza á la duquesa para que me brinde con su mano y su inmensa fortuna.... Con todo honor, con toda benevolencia acepto la proposicion... vive Dios!... la acepto con toda mi alma! Y qué mal hay en esto? Me censurais por ventura, Mr. Herbin, el trato que tengo con Julieta?... Pues, mirad; al cabo aunque le señale á esa linda moza una pensoncilla anual de algun millar de luses, para que me ayude á sobrellevar los fastidios del matrimonio asi como ahora me solaza en el aburrimiento de la vida de soltero, qué mal hará en eso tampoco? No es una cosa que estamos viendo todos los dias? Con tal que haya miramiento... cierto misterio en esta clase de desmanes, una esposa que sabe vivir y yo os respondo de que la señora de Herman sabe vivir... yo la enseñaré... una mujer que sabe vivir, digo, cierra los ojos sobre esas vagate-las.

Quedóse atónito Pedro Herbin; no obs-

tante su poca delicadeza, parecia asustado de aquel frio cinismo que manifestaba Herman.

—Segun eso, le dijo, no tienes una pizca de amor á esa hermosa mujer?

—Será un capricho.... si quieres..... pero nadie es dueño de cosa semejante. El amor no se manda... Yo la estimo, por qué he de decir otra cosa?... aunque en su presencia me encuentro siempre cortado hasta cierto punto, y por lo cual casi, casi la tengo entre ojos... porque esta involuntaria cortedad me hace conocer la distancia que media entre nosotros. Además que recelo, pues tanto gano con ella... que pasados algunos meses de casamiento y desvanecidas las primeras ilusiones, me echará en cara, no lo dudo, la fortuna que me haya traído su fortuna... si, estoy seguro de que esa palabra ha de llenarle continuamente la boca....

—Bravo!... lindo jóven!... por medio de esa prevencion vas á llegar á lo su-

blime de la ingratitud. Cuando se trata de tirar galones bueno es que salgan del telar de la longitud mas prolongada posible. Conque segun eso, es la pica-ruela Julieta quien será siempre la única dueña de tu corazón?

—Y tengo yo la culpa de que ella me haya hechizado?... tiene un no sé que tan atractivo!.. Vamos... vamos, Pedro Herbin, no pensemos mas en eso... hablemos en primer lugar de mi casamiento, ya que, por un feliz acaso, el señor duque de Bracciano, cuando era acusador público... hizo...

Un ruido inesperado interrumpió á Herman.

Abrióse la puerta del cuarto donde Juana estaba oculta.

Salió de él la desgraciada mujer.

Estaba mas pálida que un espectro... y apenas podia tenerse en pié.

Sin pronunciar una palabra siquiera, sin dirigir ni una sola mirada á Herman ó á Herbin, los cuales se quedaron petrifi-

cados, se encaminó lentamente hácia la puerta...

Ya pisaba el umbral, cuando Herman sacudiendo su estupor, se precipitó á detenerla, y asiéndola rudamente del brazo, echó la llave, y gritó: no saldreis...

CAPITULO X.

Herman Forster.

Por espacio de algunos momentos, los tres actores de aquella escena guardaron un silencio profundo.

Despedia la lámpara una claridad amortiguada y vacilante: mugia el viento por la parte de afuera, y la lluvia azotaba los cristales.

Sobrecogida de espanto, quebrantada

totalmente por aquella última y horrible agitación, había caído Juana de rodillas... Vestía una bata de seda color de avellana, la cual hacía su palidez mas espantosa aun.

Herman de pié continuaba asiéndola de la muñeca; estaba inerte el brazo de la desgraciada jóven, y ella parecia moribunda.

Un horrible trastorno se verificó en las facciones de Herman Forster; aquel rostro, dotado de una belleza sorprendente, se tornó espantoso una especie de horrenda convulsion contrajo su lábio superior; descubrierónsele los dientes cerrados con la rábia, y manchados de espuma... sus rasgados ojos se abrieron desmesuradamente; las pupilas, contrayéndose, dejaron visible alrededor una órbita blanquecina inyectada de sangre.

Apretaba Hermán tan violentamente el delgado puño de Juana con sus dedos cortos y rojizos, armados de uñas cárdenas, que la mano de la jóven, de blan-

ca que era, se volvió amoratada.

La espresion de los sentimientos mas detestables se dejaba ver en la frente de Herman... asi como las sombrías nubes de la tormenta sobre un cielo anteriormente sereno y puro.

El odio... la venganza... ¡el furor leíanse impresos en sus horrorosas facciones.

Enmudecido... tenia los ojos clavados en Juana.

Esta, de hinojos, y medio doblada sobre si misma, con la cabeza echada hácia atras, y la boca entreabierta, tampoco apartaba de él sus miradas.

Fascinada parecia con el horrible ceño de aquel hombre, y no la era posible desprender de su rostro la vista.

Pedro Herbin, sentado junto á una mesa, tenia en la mano derecha una pluma, que habia cogido maquinalmente durante su coloquio con Herman; su mano izquierda, estendida y alzada, espresaba un profundo asombro; contemplaba sin pestañear á la duquesa con estupor increíble.

La fisonomía de aquel hombre, aunque siniestra y repugnante, parecía dolorosamente conmovida. Arrugósele el rostro mas de una vez, cual si experimentase una violenta lucha en su interior.

Herman fué quien primero rompió el silencio, gritando con voz terrible: Qué habeis venido á hacer aqui?... á espiarnos?

Nada respondió madama de Bracciano. El horror la ahogaba.. solo tuvo fuerzas para hacer un movimiento negativo y suplicatorio... Deslizáronse dos lágrimas por sus mejillas blancas como el mármol.

Pateó con rabia Herman, y sacudiendo brutalmente á Juana por el puño, añadió: Mucho habeis adelantado con esto, no es verdad?

=Perdon! perdon! dijo ella entre dientes, mientras pugnaba por desasir su puño de la mano de Herman.

—Vamos, vamos... Forster... Cacha-za, moderacion, dijo bruscamente Pedro Herbin, el cual, á pesar de su cinismo,

no aprobaba la barbarie de su compañero.

—Sentaos! dijo con dureza Herman, abandonando la mano de Juana.

Mas compasivo Pedro Herbin, ayudó á la pobre dama á sentarse, mientras que Herman se paseaba presuroso y desatentado por la habitacion.

No sabia que determinar.

Ocurriósele un instante el pensamiento de volver á valerse de un engaño para con Juana, diciéndole que sabia estaba allí; que su conversacion con Pedro Herbin no habia pasado de ser una chanza pesada; pero esta fábula era inadmisible.

Viendo desconcertados sus proyectos, comenzó á formar los designios mas horrendos.

Asi como las naturalezas generosas solo se desarrollan en todo su esplendor cuando se hallan en circunstancias extraordinarias, asi las naturalezas perversas solo se lanzan á los últimos grados del crimen cuando llega para ellas la hora de

los acontecimientos decisivos,

Mil confusos proyectos se combatian en su cabeza.

—Qué haremos ahora?... qué haremos? exclamó parándose repentinamente delante de Pedro Herbin.

Madama de Bracciano, incapaz de articular una sílaba, y con la cara oculta entre las manos, lanzaba de cuando en cuando un sollozo convulsivo.

—Que hemos de hacer? respondió Pedro Herbin: el demonio lo sabe. Ah! maldito sea ese borrachon de portero, que no me dijo si habia subido alguien! entonces no hubiéramos hablado como lo hemos hecho... La señora no se habria enterado de nada. El que no sabe es como el que no vé, y si tu hubieras seguido con un poco de cautela y miramiento, ella hubiera conservado su ilusion largo tiempo! Ahora, juzgo que vacila y no tiene de tí el mejor concepto.

=Sin embargo, no ha de decirse que lo he renunciado todo... en el instante

mismo de un triunfo completo, exclamó Herman pateando de rábía; si me veo precisado á hacer el sacrificio de él..... me vengaré de mi suerte... y no importa cual sea la víctima.

—Pero... con mil demonios, qué es lo que intentas hacer?

—No se... pero ella está en poder mio! y por vida del infierno! ya que el paso que ha dado echa por tierra mis esperanzas todas, preciso es que yo saque alguna ventaja... no sé precisamente cual... Si no la consigo... está bien; á lo menos... y lo repito.... lograré vengarme!

—Vengarte? vengarte? de quién? de ella? dijo Pedro Herbin irritado al observar aquella crueldad estúpida y ciega.

—En primer lugar no ha de salir ella de aquí... mañana se la echará de menos en su casa... y ya la tenemos comprometida. Pedro Herbin se encogió de hombros.

—Mucho adelantarás con eso. En pri-

mer lugar, no querrá quedarse aquí... y si la buscan.

=Si la buscan, no vendrán acá por cierto... pues creen que está enamorada de ese maldito coronel, á quien Dios confunda.

Al oír aquellos dos hombres discutiendo sobre su suerte, púsose Juana á escuchar lo que decían, no obstante su terror.

=Pero gritará, repuso Herbin.

—Una vez que la encerremos en el escondrijo que tiempo ha tenemos preparado para recibirla y ocultarla de la vista de todos, en caso que hubiera consentido en abandonar á su esposo, sus gritos serán inútiles.

—Maldición!... y el otro?... exclamó Pedro Herbin, dando una palmada.

—Cuál otro?

—El emisario del coronel!

=Es verdad... se me habia olvidado.

—Y á mí tambien... desde antes de ayer noche no ha tomado alimento alguno!... dijo Pedro Herbin con afán, pre-

cipitándose hácia el gabinete que daba entrada al caramanchon donde yacia encerrado el infeliz Boisseau.

—Aguarda un instante... gritó Herman: qué haremos de él? todo lo cantará....

=Desgraciado! deberá estar muerto de hambre á estas horas!...

=Tanto mejor... que se muera.... con eso nos desembarazaremos de él.

—Imprudente!

—Mira! exclamó Herman con acentos de espantoso furor... conozco, por la sed de venganza que me devora, haber nacido en una época de crímenes y de degüellos. Sí, he nacido bajo una influencia sanguinaria y fatal... la sangre de mi padre regó mi cuna... soy capaz de todo... de matar á esta muger... de matarme á mí mismo... si veo frustrarse mis proyectos!

—Herman, me causas miedo.... dijo Pedro Herbin, que no pudo menos de ponerse pálido al advertir la espresion de rabia y de ferocidad que contraia los mús-

culos del rostro de Herman.

En seguida, cediendo á un sentimiento de compasion, que probaba que no todos los buenos impulsos se habian embotado en su corazon, dijo en voz alta y acercándose á Juana, la cual desde que oyó las amenazas de Herman habia levantado la cabeza y le miraba estupefacta. Verdad es que me infundes miedo; pero yo te haré frente, antes de verme cómplice tuyo en una accion infame. Yo tomo á esta dama bajo mi proteccion, y veremos si, aunque viejo, consigo reducirte á la razon... Nada temais, señora; Pedro Herbin es un miserable, pero jamás permitirá que delante de él se maltrate á una muger... y mucho menos á una muger como vos... Infeliz! añadió el cojo, volviéndose á Herman; acuérdate que venia resuelta á morir contigo.

—Y qué falta me hacia su muerte?... Su estúpido atropellamiento es lo que lo ha echado á perder todo!

—Ah Dios mio! sollozó Juana con posturacion ab

—Infame! gritó Pedro.

—Ten cuidado, Herbio... mira que una nube rogiza me está cubriendo los ojos, dijo con voz bronca Herman.

—Que sea verdosa, pajiza ó azulada no me dá un bledo... Señora, os digo que nada temais... aquí estoy yo.

Al oír estas palabras pronunciadas con acento sincero, un vislumbre de esperanza entró en el corazón de madama de Bracciano; estimulada por un instinto natural á todo ser viviente que se encuentra en un gran peligro, agarró la desventurada las manos de Pedro Herbio, y apretándolas con las suyas, exclamó: salvadme!... salvadme!

—No tengais miedo... os repito..... mientras yo esté aquí...

—Y estarás tú ahí mucho tiempo? gritó Herman precipitándose sobre su compañero. anciano y lisiado; dióle tan fuerte empellon que fué á parar el pobre cojo casi hasta la puerta de la alcoba.

—No hay quien me favorezca!... Dios

mio!... no hay quien me favorezca! gritó madama de Bracciano.

—Truenos y sangre!... exclamó Pedro Herbin, recobrando el equilibrio, te has atrevido á alzarme la mano?

—Si te arrimas te mato!... dijo Herman, sacando de la faldriquera un puñal con cuya punta le amenazó.

En aquel instante se dejó oír el ruido lejano de dos caballos corriendo á galope.

Arrojóse á la ventana Herman, abrióla, y procuró tender la vista por la parte de afuera.

Los caballos se acercaban mas y mas á cada instante.

Por fin llegaron enfrente de la casa; paráronse allí, y á poco rato se oyó que daban récios y repetidos golpes á la puerta de la calle.

—La noche está tan negra que nada distingo, dijo Herman en voz baja.

En seguida, cerrando presuroso la vidriera con una accion mas rápida que el pensamiento, y sin que pudiera oponér-

sele Pedro Herbin, que tambien se hallaba sobrecogido con la llegada de los caballos, asió del brazo á Juana con violento estuerzo, abrió el gabinete de la alcoba y la puerta secreta del escondrijo donde estaba encerrado Boisseau desde la antevíspera, é hizo entrar en ella á empellones á madama de Bracciano, no obstante los débiles é impotentes esfuerzos de esta, y á pesar de sus gritos que sofocaba Herman tapándole la boca con la mano.

CAPITULO XI.

El socorro.

Continuaban los golpes en la puerta de la calle.

—Súbete á tu cuarto, Pedro Her-

bin, dijo Herman en voz muy baja. No sé quien llamará á estas horas; voy á acostarme vestido para no dar motivo de sospecha.

—Aun cuando me hayas golpeado, y seas el hombre mas perverso de cuantos conozco, dijo Pedro Herbin, no te abandonaré en momento semejante... Quizás ecsista algun peligro... Quién sabe si habrán descubierto la fuga de la duquesa! Vamos á ver... serenidad... calma... pronto... un taburete, siéntate en él..... la mesa entre nosotros... pon sobre ella esa caja de tabaco... dame una pipa..... atiza esa lumbre, y aparentemos estar hablando de la lluvia y del buen tiempo en el rincón de la chimenea. Escucha... escucha... no paran de llamar. Ese borrachon de portero duerme como un tronco.

—Silencio... dijo Herman, estirando la cabeza... acaban de pronunciar mi nombre.

—Si no se hubiera circulado la órden de arrestar al coronel en las barreras,

juraria que era él, dijo Pedro Herbin.

—El! exclamó Herman... si fuese él le mataria... y ahora mas bien, porque tiene probabilidad de casarse con esa muger... te digo que le mataria.

—Qué loco eres! si te dejáran á tu voluntad pronto llegaria el fin del mundo, dijo Herbin, encendiendo su pipa; en seguida añadió: Seria tal vez mas prudente bajar á abrir nosotros mismos; eso alejaria cualquiera sospecha. De todos modos voy á ver quien llama.

Asi diciendo, y mientras iba Herman á escuchar desde la meseta de la escalera, á fin de oir si el portero se levantaba, abrió la ventana Pedro Herbin, sacó la lámpara por la parte de afuera, y con el auxilio de su luz pudo divisar dos hombres á caballo.

Los galones ó bordados que cubrian la chupa de uno de ellos brillaban en la oscuridad.

—Qué se os ofrece? preguntó Pedro Herbin... no está en el orden venir á al-

borotar á estas horas una casa pacífica... es mucha devergüenza!

—Tengo que hablar con precision y sin demora á Mr. Herman Forster, contestó una voz que subió hasta el tercer piso, aunque muy debilitada por los mugidos del viento.

=Volved mañana por la mañana, respondió Pedro Herbin.

En vez de replicarle se entraron los dos hombres precipitadamente en el pasadizo.

Sin duda, el portero acababa de franquearles la entrada.

Los caballos, fatigados de la carrera, se quedaron en la calle, sufriendo la lluvia que caía á torrentes.

Tornó á cerrar la ventana Pedro Herbin, y al volverse advirtió que Herman estaba escondido en acecho detrás de la puerta, agarrado con una mano el pestillo, y blandiendo con la otra un puñal.

—Un asesinato! exclamó el cojo... Diablo! no lo permitiré. Este infeliz está endemoniado!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, al arrojarse sobre Herman, cuando se abrió bruscamente la puerta, y recibió Pedro Herbia en el brazo la puñalada que iba destinada á la persona que entraba primero. La herida fué leve.

Todo esto pasó en menos tiempo del que se necesita para escribirlo.

Apenas duró otro instante la lucha entre Herbin y su compañero, que, bregando por arrancar su puñal de las manos ensangrentadas del cojo, decia á gritos: Déjame... déjame... que quiero matarle!

—No matarás ni á una mosca, dijo una áspera voz.

Y uno de los recién llegados, que no era otro que el ex-sargento de dragones Glapisson, auxiliando á Pedro Herbio, consiguió desarmar á Herman, despues de una vigorosa resistencia.

—No le hagas daño, dijo el sugeto que venia con él.

—No, mi coronel, respondió Glapisson, únicamente trato de quitarle ese alfilerillo.

—Mr. de Surville! exclamó Pedro Herbin, volviéndose.

—Si infames!... y llego á tiempo para trataros cual mereceis.

Señor, no sois en eso justo, contestó Pedro Herbin, enseñándole la sangre que le bañaba la mano y corria de la herida del brazo. He podido parar el golpe que os estaba destinado.

—Es verdad eso! dijo Raúl con asombro... pues siendo así, señor mio, os ruego que me perdoneis; mas como sabia que érais amigo de ese hombre (señalando á Herman con el dedo), era natural que os creyese cómplice suyo.

Era evidente que el coronel ignoraba que madama de Bracciano estuviese en casa de Herman Forster, porque si no, su primera diligencia hubiera sido correr á buscarla.

Alentó á Herman por un momento una vaga esperanza; si no hablaba Pedro Herbin, el escondrijo donde estaba encerrada Juana no podia ser descubierto, y aun-

que no estuvieran todavía maduros los proyectos de Herman, importaba mucho á su venganza la próroga de algunas horas.

Si no hubieran oído hablar al coronel difícil habría sido que Herman y su compañero le hubiese reconocido.

Deseoso de viajar más de incógnito, y especialmente con mayor celeridad, Mr. de Surville se había disfrazado de correo; su chupa verde con galones de oro, sus botas y su calzón de ante estaban salpicados de lodo y relucientes con el agua que caía del cielo. Acababa de llegar de Viena á todo escape.

Por este medio había eludido las órdenes que el ministro de policía circulara en las barreras para su captura.

Tuvieron á Raúl por un correo de gabinete y le dejaron pasar.

Inmediatamente se dirigió á su casa.

Informado de la desaparición de Boisseau, un secreto instinto dijo que tal vez Herman no estaría ajeno de tal lance.

Juzgando, empero, que quizá necesi-

taria de auxilio, mandó á Glapisson montase el caballo del postillon y no tardó en llegar como hemos visto, al domicilio de Herman.

A fin de que pueda apreciarse en toda su valía la conducta del coronel de Surville, debemos añadir que, al paso que profesaba á madama de Bracciano el afecto mas tierno, no la amaba ya porque hacia tiempo que una pasion correspondida con delirio aseguraba su felicidad.

Su afecto del todo fraternal hácia Juana era pues tanto mas noble cuanto que era completamente desinteresado.

—Cierra esa puerta, Glapisson, dijo Mr. de Surville... luego dirigiendo la palabra á Herman:

—Ahora, caballero, tened la bondad de escucharme....



CAPITULO XII.

El viaje.

En obediencia á la órden de su coronel, púsose Glapisson de vigilante junto á la puerta de la escalera. Herman en pie y con los brazos cruzados, apoyándose contra la pared miraba con descaro á Raúl.

Pedro Herbin, sentado en una de las esquinas de la mesa se limpiaba con el pañuelo la sangre que le llenaba las manos.

Mr. de Surville, pálido y evidentemente conmovido, dijo á Herman: há dos dias que un tal Mr. Boisseau, amigo mio, vi-

no á enteraros de una carta que le envié... desde entonces no ha vuelto á mi casa... Qué se ha hecho de él? respondedme. Mi inquietud no me permite que la justicia averigüe su paradero.

Tranquilizaos; señor, interpuso Pedro Herbin; vuestro amigo no corre ningun peligro de consideracion... Os empeño mi palabra de honor.

—Vuestra palabra? respondió Raúl con desconfianza.

—Podeis creer que es tan cierto como que ahora me estoy desangrando.

—Pero... en fin... dónde está?

—Bien sabeis el asunto de la carta de que vino á darnos conocimiento. Bien podeis comprender, señor coronel, lo mucho que interesaba á Herman estorbar los pasos de vuestro agente; pero nos contentamos con tomar esa precaucion... Ya se os dará la prueba de ello... y tal vez sin que transcurran muchos minutos, dijo Pedro Herbin.

Hizo Herman un movimiento... miróle

el cojo, y le dijo... No me interrumpas... yo arreglaré las cosas todo lo mejor que pueda.

—Estas contestaciones, observó Raúl, sólo me satisfacen á medias. Mas tarde será preciso que sean mas explícitas..... Pero concluyamos porque tengo prisa de concluir... Jaime Butler, habeis sido condenado á diez años de presidio por ladrón! dijo Raúl enseñando á Herman unos papeles.

Yo no me llamo Jaime Butler... mi nombre es Herman Forster, dijo el jóven.

—Os digo que sois Jaime Butler..... Al llegar á Viena concebí sospechas contra vos. Mr. de Bracciano creyendoos espatriado y proscrito como habíais dicho que lo estábais, me encargó hiciese algunas reclamaciones en la chancilleria del Imperio: empeñado en conocer si la desconfianza que me inspiraban estaba fundada ó no en alguna antipatia de instinto, ó en otra cosa cualquiera, activé mis diligencias cuanto pude. Habíais pa-

sado, según la voz que propalábais, por un reo político, bajo el nombre de Herman Forster... Con el fin de ayudar al más pronto éxito de la investigación, describí vuestras señas personales.... Conociendo el interés que yo tenía en verificar el descubrimiento de vuestros antecedentes, se vieron precisados á buscarlos en las sentinas del crimen. Vuestras señas coincidieron tan exactamente con las de Jaime Butler, sentenciado por robo, que no dudé un momento fuésteis vos el idéntico Jaime Butler. A pesar de lo repugnante que me era descender á desenmarañar unos pormenores tan asquerosos, como era preciso para descubrir la verdad, ya que había dado con vuestro verdadero nombre, no vacilé en seguir el hilo de este asunto hasta que él mismo me llevó á descubrir el retiro de vuestra madre, en uno de los arrabales más oscuros de Viena.

Hallé á aquella mujer desventurada llorando la infamia vuestra: llegóme al al-

ma su pesadumbre, y parecióme tan honrada la infeliz, que me franqueé con ella. Referile en parte las cosas relativas á vos; informéla de que habíais conseguido un empleo honroso, el cual desempeñábais bajo el nombre de Herman Forster; pero que un grave abuso de confianza pudiera dejaros sin él... y por tanto se hacia preciso que saliéseis de Francia sin pérdida de tiempo, quedando á mi cargo todo lo demás... y añadí, que si ella conservaba alguna influencia sobre vos, la suplicaba para beneficio vuestro, os encargase obedeciéseis mis órdenes... Agradeciómelo derramando lágrimas de gratitud, y me enseñó várias cartas que habia recibido de vos... Aquí tengo una.

En la última, sin explicaros, le informábais de las magnificas esperanzas, que, segun deciais, estaban prócsimas á realizarse... Estremecime al pensar en la irreparable desgracia que vuestra maldad pudiera acarrear... Escribí á mi amigo para que pasase á verse con vos al ins-

tante... juzgando que bastaria pronunciar el nombre de vuestra madre para dáros á entender que se habia descubierto todo, y que no vacilariais en ausentaros de Paris y de Francia para siempre.....

Aunque mi carta partió, no por eso se calmaron mis zozobras... Conocia todo lo que os atreveriais á intentar; sabia de lo que es capáz vuestra audaz hipocresia... y lo que acababan de decirme respecto á vos, mudando mis sospechas en certidumbre, hácia mis recelos mas grandes aun... A pesar de hallarme encargado de una gravisima comision, me puse en camino... Y no he tardado en regresar. Ahora bien, oid mi última resolucion... Tengo en mi poder documentos suficientes para conseguir vuestra estradicion... Si vacilárais en obedecer mis órdenes, os prenderán al instante; por el contrario, y como lo he prometido á vuestra desgraciada madre, si consentís en partir, callaré; todas vuestras necesidades quedarán satisfechas... y ni aun la perso-

na que sabeis se enterará de vuestra ignominia..... Son las cuatro de la mañana... preciso es que antes de las seis esté yo perfectamente asegurado respecto á la suerte de Mr. Boisseau, y que os halléis en ruta para España, bajo la guía de este bizarro soldado. (Y el coronel señaló á Glapisson).

Bajo estas condiciones, os lo repito, consiento en callar... no en obsequio vuestro... sino en pró de la felicidad de la persona á quien mas acato en el mundo. Ella ni aun sabrá mi regreso á París... Le escribireis aquí, en mi presencia, una carta, en la cual la hareis saber que ciertos avisos procedentes de Alemania, haciéndoos recelar una persecucion de resultas del complot en el cual os comprometísteis, y temeroso de que en la Francia se os moleste, os obligan á tomar el partido de abandonar este pais. Luego que esteis en Madrid, toda vez que vuestra conducta sea honrada, asegurareis vuestro porvenir... mientras tanto yo to-

maré las medidas necesarias para que no podais salir de aquella corte... Esta es mi última resolución: respondedme al instante... Solo me es posible permanecer en París un par de horas, y quiero veros partir antes que yo... Si os negais á ello... los documentos feacientes estarán dentro de una hora en manos de quien legalmente corresponda, y os vereis encarcelado.

Atravesó el espíritu de Herman un pensamiento detestable, y contestó con imperturbable serenidad.

=Bien comprendo, caballero cuanto os interesa la persona á quien aludis... pero desearia saber con qué objeto os empeñais en desengañarla respecto á mí...

=Os digo que no sé hacer el papel de delator; respeto demasiado á esa señora, cuyo nombre me daria rubor el pronunciar en un sitio como este, para darle un golpe tan terrible... Vos partireis, y ella ignorará mientras viva, qué clase de sugeto era el que pudo por un ins-

tante sorprender su confianza.

—Os conducis, señor mio, como un amigo fiel, por no decir como amante desbancado que se empeña en recobrar á toda costa su favor perdido, y por lo tanto no se desdeña en desempeñar el oficio de un empleado de la policia.

Púsose Raúl morado de cólera, é hizo un ademán amenazador... pero, volviendo á reponerse en la calma de que hasta entonces habia hecho alarde, dijo á Glapisson:—Al oír otra insolencia, que profiera ese hombre, le darás de botetadas... pero ni aun eso... no... veterano valiente, déjale, no quiero que te ensucies las manos.

—No os apure eso, mi coronel; no me causará asco por cierto... tengo un par de guantes y le daré con el puño cerrado! Quiere V. S. que le abone alguna paga adelantada?

—No; estate quieto.

—Si hubiera yo vacilado un instante en seguir mis ideas, este último insulto

me hubiera decidido completamente, dijo con desfachatez Herman. No puedo ofrecer resistencia contra la fuerza brutal... pero no tardareis en arrepentiros de haberme impelido á extremos. Ah! mucho os interesa madama de Bracciano cuando venis á todo escape desde Viena, para acudir, arrostrando la cólera del Emperador, á desbaratar mis proyectos! Mas supongo que no sabreis sin mortal pesadumbre... que esa mujer está perdida en la actualidad...

—Qué está diciendo? exclamó Raúl.

—Ah! yo soy Jaime Butler, el ladron... sea enhorabuena... pues bien, mañana sabrá todo Paris que la señora duquesa de Bracciano ha pasado la noche en casa del ladron Jaime Butler!

=Mientes, miserable!

=Ya vereis si miento... y para probaros que digo verdad... os declaro que no saldré de Paris... me entendeis?..... Haced que me prendan... bueno .. no deseo otra cosa... A lo menos ella queda-

rá deshonrada, y el escándalo será tal, que no obstante el amor que la teneis, no obstante la gratitud que pueda inspirarla vuestro comportamiento, no osareis casaros con ella, me ois? Aunque esté libre esa mujer no os atreveréis á enlazaros con la que tendrá la nota de haber sido concubina de Jaime Butler, el ladrón! Así quedaré vengado de ella y de vos!... exclamó Herman soltando una carcajada cruel, y dirigiendo á Pedro Herbin una mirada de inteligencia.

—El furor hace delirar á este miserable! dijo estupefacto Raúl.

—Ola! conque vacilais ahora, noble coronel? repuso Herman. Vuestra suerte y la suya están en mis manos... Yo me perderé gozoso... pero ella quedará perdida tambien; y vos no gozareis de vuestro insolente triunfo... si... me mirais con ojos asombrados; acaso no me creeis... Os lo repito, si, ella ha pasado la noche en casa de Butler, el ladrón... vuestra virtuosísima duquesa; y luego que salga el sol

se hará pública su deshonra!

La desfachatez de aquel truan arredra-
ba á Raúl.

Conocia el coronel la virtud de Juana,
pero tampoco le era desconocida su ro-
mántica ecsaltacion. Estremecióse al pen-
sar que su cabeza pudiera haberse tras-
tornado hasta el punto de hacerla come-
ter una falta irreparable.

Pintábase en sus nobles facciones un
abatimiento tan doloroso que enterneció
á Pedro Herbia.

—Es imposible... imposible... escla-
maba Raúl registrando con la vista el
apuesto, cual si quisiese asegurarse de
que no tenia otra comunicacion que la
puerta de la escalera; pero, advirtiendo
la mampara de cristales que daba entra-
da á la alcoba, se arrojó á ella preci-
pitadamente, la abrió... mas sin descu-
brir cosa alguna.

Herman permaneció impasible.

—Esta es una estratajema de la cual
no soy juguete yo! pensais asustarme con

esa innoble mentira, é impedir que os haga prender?

—Teneis razon, contestó Herman conociendo que se habia dejado ir demasiado lejos, y se hallaba á punto de comprometer el buen écsito de su venganza... Fué una estratajema... pero sea lo que fuere, estoy decidido á no salir de Francia sino á la fuerza... Haced que me encarcelen si os place.

—Es esta vuestra última resolucion?

—Mi última resolucion.

—Señor mio! exclamó Raúl dirigiéndose á Pedro Herbin, decidle que va á perderse miserablemente... al mismo tiempo que á dar un golpe funestísimo tal vez, á la mejor á la mas noble de las mujeres, luego que esta sepa quien era el hombre en cuyo obsequio queria sacrificarlo todo.

Hizo un ademan Pedro Herbin para que entendiera el coronel su impotencia respecto á dirigir la voluntad de Herman.

Hallábase anonadado Raúl; profesaba á

Juana un afecto tan profundo; conocia tan íntimamente la nobleza de su corazón, que hubiera dado cuanto poseia en el mundo á trueque de evitarla el horrendo golpe que iba á herirla.

Esasperábale la crueldad implacable de Herman, cuya posición era tan baja que ni aun podia hacerle sentir los efectos de su indignación. Sin embargo, sobrepujando la repugnancia que tenia de entrar con él en ciertos pormenores confidenciales, intentó hacer un postrer esfuerzo y dijo con voz alterada.

—Os manifestais tan implacable en la venganza vuestra, porque creéis quizás que amo á madama de Bracciano... pues bien!... prosiguió con el rostro mas encendido que la grana al hablar de esta suerte á un criminal rematado.—Pues bien yo os... mas no pudiendo resolverse á prestar un juramento caballeroso á un ente semejante, volviése hácia su antiguo sargento de dragones, y le dijo:

—Mirad! ante vos juro á ese soldado...

que nada hay de lo que se juzga... que solo me animan y me animarán siempre respecto á madama de Bracciano, unos sentimientos puramente fraternales.

Esta muestra de menosprecio aniquilante, dada de un modo tan noble, redobló la furia de Herman, que exclamó:

—Ah! ya no la amais!... tanto mejor... yo me vengaré de ella... sin que le quede consuelo por ninguna parte.

Perdiendo Raúl la paciencia hizo un movimiento para arrojarse sobre Herman... Luego, conteniéndose con dificultad, y notando por las palabras de este que toda esperanza estaba perdida, hizo una seña á Glapisson y se lanzó hácia la puerta.

—A lo menos, gritó Herman en un acceso de triunfo salvaje, el destino que me persigue no descargará su golpe sobre mí solo!

—Señor coronel, recobraos; no están las cosas tan desesperadas todavía, dijo repentinamente Pedro Herbin deteniendo

á Raúl en el mismo umbral.

Miró Herman á Pedro Herbin con temor.

—Mi coronel, repuso el cojo, con cierta dignidad: correspóndeme reparar alguna parte del daño que he hecho..... Jaime Butler!... prosiguió Herbin con voz aterradora... eres un infame!... Las lágrimas de la mas virtuosa, de la mas desgraciada de las mujeres, no te han conmovido... El mas leal de los hombres se ha humillado, por afecto hácia ella, hasta á rogarte, hasta empeñar ante ti su palabra de honor con el objeto de hacerte saber que solamente la miraba como á una hermana... No te han movido á compasion el rubor ni la verguenza de este hombre... tu venganza no lleva consigo ni aun la horrenda disculpa de los celos... ya carece de objeto plausible... eres cruel tan solo por el deleite de serlo... He sido tu cómplice; porque tu desgraciado padre fué amigo mio.. Ideé, por medios indignos, aumentar tu

fortuna á costa de aquel que le sacrificára como victima. He querido saciar á un mismo tiempo mi codicia y mi odio. He cometido desmanes... grandes desmanes... pero haré todo lo posible por reparar mis culpas.

Así diciendo se dirigió á la alcoba,

—Pedro Herbin! gritó Herman, asiéndole del cuello de la camisa para estorbar sus pasos.

—Señor coronel, dijo el cojo, haced que detengan á este energúmeno.

Glapisson, dotado de fuerzas descomunales comprimió á Herman entre sus fornidos brazos, y paralizó todos sus esfuerzos.

Raúl, sorprendido, miraba á Pedro Herbin, que se entró en la alcoba.

A poco rato le llamó el cojo.

Acudió Mr. de Surville.

Y qué fué lo que vió dentro del escondrijo que ya hemos mencionado?... A madama de Bracciano desmayada.

Boisseau y Pedro Herbin procuraron volverla en su acuerdo.



CAPITULO XIII.

Conclusion.

Un cuarto de hora despues de la escena referida, encaminábase Juana al palacio de Bracciano, sostenida por Raúl y Boisseau, que á pesar de su de-

bilidad se habia empeñado en acompañar á Mr. de Surville.

Serian sobre las cuatro y media.

Caia á torrentes la lluvia y la noche estaba oscurísima.

—Animo, Juana, dentro de pocos minutos estareis en salvo. Todavía es imposible hayan notado vuestra ausencia, le dijo con ternura Raúl.

En señal de agradecimiento apretóle Juana convulsamente la mano, y contestó:

—Temo que las fuerzas se me agoten del todo...

—Por amor de Dios! Juana... otro esfuerzo mas...

—Procuraré hacerlo, pero conozco que voy á espirar...

—Y yo tambien, dijo Boisseau, despues de haber pasado veinte y cuatro horas sin comer... y luego encontrarme con esta bromita por via de desayuno!... Por qué diablos me he de hallar siempre en esta clase de aventuras?

Juana, Raúl y Boisseau llegaron por fin á la puerta del palacio de Bracciano.

—Amigo, dijo Mr. de Surville á Anacarsis mientras la dama se apoyaba en uno de los bancos de piedra que adornaban la entrada... Voy á llamar; el portero acudirá á abrirnos, trayendo consigo su linterna como puede suponerse... Mientras que yo me apodero de su persona tú apagarás la luz, y luego le taparás la boca con la mano para impedirle que vocée. A favor de la oscuridad podrá mi prima, sin ser vista, subir á su cuarto por la escalerilla secreta: el ataque al portero le atribuirán luego á lo que se les antoje... me has entendido bien?

—Ya comprendo... y si me quedan fuerzas para ello... pero ya las hallaré...

—Conque de un puñetazo tengo que apagar la linterna, y con la mano ahogar los gritos del portero?

—Eso mismo... Vos, Juana... ánimo y sangre fría... Luego que advirtais que he-

mos apagado la luz, entrad en el pátio y subid á vuestro aposento.

—Haré lo posible, contestó madama de Bracciano.

—Cuánto mejor le hubiera convenido esta expedicion á ese endemoniado de Boitot! dijo en voz baja Anacarsis.

Raúl llamó á la puerta.

El ruido de los aldabonazos llególes hasta lo mas profundo del corazon á los tres actores de aquella escena.

Llamó por segunda vez el coronel y la puerta se entreabrió.

Descubrióse la cara del portero, el cual levantaba su linterna para ver quien llamaba.

Descargó resueltamente Boisseau una fuerte puñada sobre los vidrios del farol, y apagó la luz... El portero iba á pedir socorro á gritos desahorados, cuando sintió dos forzudos brazos apoderarse de su persona, mientras dos manos cruzándose al mismo tiempo sobre su boca, sofocaron sus alaridos.

Juana, armándose de aquella energía facticia que producen los grandes peligros, atravesó con rapidez el pátio, ganó la escalera secreta, y alcanzó la puerta de su gabinete de tocador, la cual encontró entornada, como la había dejado á su salida.

Al cabo de cinco minutos, Raúl y Boisseau, juzgándola recogida en su aposento, soltaron al portero, cerraron la puerta de la calle y huyeron á todo correr.

=Raúl... te juro que me voy á caer muerto luego que llegue á tu casa, decia Boisseau completamente falto de resuello.

—Valiente amigo, contestábale el coronel; consigamos llegar allá y yo salgo garante de tu vida.

=Con tal que no demos con alguna de las patrullas... decia Anacarsis, sin dejar de correr porque solo nos faltaba acabar la noche encerrados en la prevencion.

Por fortuna llegaron los dos amigos

sin ningun tropiezô, á la calle de la Victoria.

Raúl, creyendo que se ignoraba su regreso á Francia, contaba con ponerse en camino de vuelta para Viena sin pérdida de un instante. Sin embargo, advertido por la carta de su tía que el Emperador estaba enterado de su venida y furioso contra él, determinó pasar á palacio con el objeto de declarárselo todo.....

A las once de la mañana se hallaba ya sentada la princesa de Montlaur á la cabecera de la cama de Juana.

—Desgraciada niña! por qué no llamaste á tus doncellas? sentirte indispueta, y pasar una noche entera sin socorros!... qué imprudencia! Pobre Juana! fué tanta la sofocacion que tomaste ayer!.. y que tal te sientes ahora?

—Mejor, tía, dijo Juana con voz débil.

—Y tal vez habrás tenido miedo ade-

más. No oíste lo que sucedió esta madrugada á las cuatro?

=Qué? tia, preguntó estremeciéndose madama de Bracciano.

—La aventura mas original del mundo. A la hora que te he dicho, llamaron á la puerta bastante recio; no se veia nada, porque estaba muy oscuro; levantóse el portero, fué á abrir con su linterna en la mano, creyendo como acontece tan amenudo, que seria algun mensaje de palacio... Apenas abrió la puerta... cuando dos hombres... le agarraron... despues de haberle apagado la luz... le taparon la boca con las manos para sofocar sus gritos, y le tuvieron de esta suerte por espacio de algun tiempo..... despues de lo cual le soltaron y huyeron. Sin duda aquellos malhechores oirian algun ruido y se llenaron de miedo; viéndose libre el viejo Gilberto, comenzó á pedir socorro á voces; no sé como no le oíste! pero... estoy tonta... tu aposento cae al jardin, y era imposible que

los gritos llegasen hasta acá... Pero válgame Dios, hija, ya vuelven á darte los desmayos!... Juana!... Juana mia!...

En efecto, madama de Bracciano no habia podido resistir á su emocion, al acordarse de los pormenores de aquella noche terrible.

Entró una doncella de la duquesa para entregar una carta á madama de Montlaur.

=Dios sea bendito! dijo la princesa á Juana, que ya se habia sosegado algun tanto.—Rafael ha venido, y me dice que pasa en este mismo instante á palacio; ya, sin duda, nada tiene que temer, y va á dar al Emperador todas las esplicaciones necesarias.

—Nada tiene que temer? preguntó Juana.

—Ahora puedo asegurártelo, hija mia, porque su carta me tranquiliza completamente. Encargado de una mision de la mas alta importancia, habia dejado á Viena precipitadamente, sin que yo conociera el motivo; luego que lo supo el Em-

perador se puso furioso contra él y amenazaba encerrarle en Vincennes; avisada de esto por un amigo escribí á Raúl sin demora, le envié la carta á su casa, á fin de que al momento de llegar á París, tuviera aviso del peligro que le amenazaba.

«Y todo eso por mi... por mi!... pobre Raúl!»... pensaba Juana.

—Ya no tengo recelo alguno, querida hija, pues que Raúl vá á presentarse en las Tullerías; y esta es una señal inequívoca de que puede explicar su conducta al Emperador... También me dice en su carta que vendrá luego en persona para darme razon de su entrevista.

Envió el duque de Bracciano á preguntar qué tal habia pasado la noche su esposa.

Lanzó Juana un agudo grito, y recayó en una crisis nerviosa...

—No habia el duque hecho perecer en un cadalso al marqués de Souvry?....

Enterada de aquel terrible secreto, de

resultas de lo que habia oido durante la noche anterior en casa de Herman, la infeliz mujer no osaba revelarlo á su tia: tampoco le era dado dejar que sospechase su marido que ella sabia la parte que él habia tenido en aquella sangrienta ejecucion.

Hasta ignoraba madama de Montlaur que el duque hubiese consentido en el divorcio.

Pasado su ataque de nervios, deshizo-se Juana en copioso llanto, y pareció haberse aliviado.

No hubo quien impidiera se levantase para recibir á Raúl y saber el resultado de su entrevista con el Emperador.

A la una se hizo anunciar el coronel. Juana le tendió la mano con efusion; besó-sela el coronel respetuosamente.

—Y bien! le dijo madama de Montlaur; qué ha dicho vuestro Emperador?

—Me ha recibido con indecible bondad, como siempre, señora mariscal.... me ha perdonado mi viaje de escapato-

ria y de incógnito, y permitido vuelva á la vida civil.

—Y os ha exonerado de vuestros empleos?... Ya vuestra carrera está cortada!... exclamó Juana.

—No, querida prima, dijo sonriéndose Raúl. Pero el Emperador ha calculado, sin duda, que los recién casados hacían malísimos militares y peores negociadores.

—Cómo los recién casados!... exclamó madama de Montlaur... Qué quereis decir con eso, Raúl?

—Un gran secreto... el cual no quería confiaros hasta mi regreso de Alemania... Lo que llamais mi desgracia ha trastornado mis proyectos, y ahora puedo decíroslo todo... Hace un año que estoy enamorado perdidamente de madama de Formont.

—De quien?... de la jóven y linda viuda de este nombre? preguntó madama de Montlaur.

—Señora, de la misma; habiamos apla-

zado nuestro enlace para una época un poco mas remota. Pero no ecsistiendo ya las circunstancias que nos habian obligado á prorogar el término, procuraré abreviarle cuanto me sea posible, é iremos á establecernos en una de mis haciendas de la Lorena. El Emperador ha elegido aquella provincia para mi residencia.

—Ese es un destierro!... dijo Juana. Y yo tengo la culpa... Yo!

—Va á casarse con madama de Formont! repitió la mariscalá con muestra del mayor asombro.

Todas sus ideas sobre los amores de Raúl y su sobrina quedaron trastornadas en el instante.

Herman, viendo descubiertas sus infernales arterias partió para España, bajo la custodia de Glapisson.

—No volvió á saberse de él.

Pedro Herbin no llevó á tal grado su desinterés que renunciase á una pension de 6,000 francos anuales que le asegu-

ró el duque de Bracciano. con el fin de pagar su silencio y la quema de los legajos de Dijon.

Decretóse el divorcio de Mr. de Bracciano y su esposa.

El coronel de Surville se casó.

Algun tiempo despues de contraido este enlace, dejó Juana á Paris en compañía de la princesa de Montlaur, y se retiró á la Bretaña, para habitar una antigua quinta donde se habia criado. Allí vegetó algun tiempo lánguida y enfermiza, hasta cumplir sus veinticinco años.

Los últimos meses de su vida fueron muy penosos.

El amor que profesára á Herman habia recibido un golpe de muerte con la revelacion que ella debió á la casualidad.

Intimamente conmovida de la adhesion y de las nobles cualidades de que hiciera pruebas Raúl al salvarla... su reconocimiento se habia convertido en el amor mas violento...

Ya estaba casado Raúl, y era el mas

feliz de los hombres.

Raúl ignoró siempre la pasión de Juana.

Ella le amó secretamente, padeció en silencio, y murió.

FIN.

3.500

2700 1 vol

- AN
- LVI
- SXIX



